MAÑANAS
DE ABRIL Y MAYO.

PERSONAS.

Don Juan.
Don Pedro.
Don Hipólito.
Don Luis.
Arceo, gracioso.
Doña Clara.
Doña Ana.
Doña Lucía.
Inés, criada.
Pernia, escudero vejete.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DECORACION DE SALA.

Don Juan embozado, y Arceo con una luz en un candelero.

Arceo.

Ya he dicho que no está en casa
mi señor, y es (caballero,
ó fantasma, ó lo que sois)
en vano esperarle, puesto
que no sé á que hora vendrá
á acostarse.

Don Juan.

Yo no puedo
irme de aquí sin hablarle.

Arceo.

Pues en el portal sospecho
que estareis mucho mejor.

Don Juan.

Mejor estaré aquí dentro.

Arceo.

Muerto de capa, y espada,
que tan pesado, y tan necio
has dado en andar tras mi
rebozado y encubierto,
agradecelo al Señor,
que te tengo mucho miedo;
que si no yo te pusiera
á cuchilladas muy presto

en la calle.

Don Juan.

No lo dudo;
mas no os turbeis, de paz vengo,
de don Pedro soy amigo;
sosegaos.

Arceo.

Lindo sosiego.

Don Juan.

Y sentaos aquí.

Arceo.

Yo estoy
en mi casa, y si yo quiero
me sentaré.

Don Juan.

Pues estad
como quisiéredes.

Arceo.

Cierto
que sois fantasma apacible,
y que teneis mil respetos
del Convidado de piedra.

Don Juan.

¿Decidme, qué hace don Pedro
fuera de casa á estas horas?
¿Diviertele amor, ó juego?

Arceo.

Juego, ó amor le divierte.

Don Juan.

Todo es uno, á lo qué pienso;
pues amor, y juego, en fin,
son de la fortuna imperios.
¿Anda de ganancia ahora?

Arceo.

Yo de pérdida me veo.

Don Juan.

¿Está desfavorecido?

Arceo.

No lo sé.

Don Juan.

¿Pues sus secretos
no fia de vos?

Arceo.

No fia,
sino presta alguno de ellos.
¿No bastaba entremetido,
sino pregunton?

ESCENA II.

Dichos y don Pedro.

Don Pedro.

¿Qué es esto?

Arceo.

Esperad en hora mala
en la calle, ó el infierno,
sino quereis...

Don Pedro.

Dime, loco,
¿qué ha sido?

Arceo.

Vienes á tiempo;
que si un poco mas tardáras,
á ese embozado sospecho
que le echo por la ventana,
tan alto, que de este vuelo
ya que no sietedurmiente,
unovolante, primero
que volviera, se mudáran
los trages, y los dineros,

y se habláran otras lenguas.

Don Pedro.

¿Quién es?

Arceo.

No lo sé; mas pienso
que es algun hombre casado,
que viene á verte encubierto,
pues no se ha dejado ver
la cara.

Don Pedro.

¿Pues, caballero,
á quién buscais así?

Don Juan.

A vos.

Don Pedro.

¿Decid, qué quereis?

Don Juan.

Diréle
en quedando solos.

Arceo.

¿Vés
si digo bien?

Don Pedro.

Majadero,
salte allá fuera.

Arceo.

En buen hora;
porque aunque ir á parlar tengo
con doña Lucía, la dueña
de mi vecina, mas quiero
ser hoy criado, que amante,
y he de estarme aquí, por serlo,
escuchando cuanto digan.

ap.

ESCENA III.

Don Juan y don Pedro.

Don Pedro.

Ya estoy solo, y solo espero
que me digais, ¿qué quereis?

Don Juan.

Cerrad la puerta.

Don Pedro.

Suspenso
me teneis; ya está cerrada.

Don Juan.

Pues ahora, á esos pies puesto,
me dad, don Pedro, los brazos.

Don Pedro.

¿Don Juan, amigo, qué es esto?
¿Como os atreveis á entrar
así en Madrid, sin que el riesgo
de vuestra vida mireis?

Don Juan.

Como la muerte no temo,
así no guardo la vida;
que ya de tratarlas tengo,
con la compañía, perdido
á mis desdichas el miedo.
Ya sabeis, (como quien fue,
por la vecindad, tercero
de mi desdichado amor)
aquel venturoso tiempo
que amé á doña Ana de Lara,
cuyo divino sugeto
se coronó de hermosura,
se laureó de entendimiento.
Ufano con mi esperanza,

y con su favor soberbio
viví: en esto no me alabo,
antes me desluzgo en esto;
que en materia de favores,
es tan desdichado el premio,
que es el que los goza mas,
el que los merece menos.
Ya sabeis que viento en popa
este amor, este deseo,
en el mar de la fortuna
tuvo de su parte al cielo;
hasta que alterado el mar,
el bajel del pensamiento
en piélagos de desdichas
corrio tormenta de zelos.
Una noche, (ciegamente
lo que vos sabeis os cuento;
pero dejad que lo diga,
ya que es el pesar tan necio,
que repetirle el dolor,
es repetirle el consuelo.)
Una noche, pues, salí
de su casa yo, creyendo
que para mí solo estaba
el falso postigo abierto
de un jardin, cuando llegando
á abrirlo ¡Ay Dios! por de dentro,
hácia la parte de afuera
torcer otra llave siento.
Suspendo la accion, y á un lado
me retiro, por si puedo
mis zelos averiguar,
si es que han menester los zelos,
para estar averiguados,
mas diligencia que serlo.

Entreabrieron el postigo,
y á la poca luz que dieron
las estrellas en la calle,
entrar solo un hombre veo,
que sin luz, y sin razon
andaba dos veces ciego.
Bien le pudiera matar
á mi salvo entonces, pero
quise apurar la malicia
á mis desdichas, y quedo
me estube un rato... ¡Mal haya
tan curioso sufrimiento!
El, tentando las paredes,
que no estaba, no, tan diestro
como yo de ellas, que habia
estudiadolas mas tiempo,
llegó á tropezar en mí,
y desalumbrado, viendo
que habia gente en el portal,
dijo atrevido, y resuelto:
No puede haber aquí nadie,
que matarlo, ó conocerlo
no me importe; otro no tenga
las dichas que yo no tengo.
No sé que me respondí,
y los dos con un esfuerzo
hasta la calle salimos,
donde los dos cuerpo á cuerpo
reñimos, hasta que igual
partió la fortuna el duelo
entre los dos ¡ay de mi!
pues á quien me dió primero
zelos, le dí yo la muerte,
como quien dice: Hoy intento
que sea paz de nuestra lid,

ó morir, ó tener zelos;
y dandóme lo peor,
quedé zeloso, y él muerto.
Al ruido de las espadas,
llegó la justicia luego,
y yo, apelando á los pies
de la ejecucion que hicieron
las manos, me puse en salvo;
mas no tanto, que cogiendo
un criado, que esperaba
con un rocin en el puesto,
no dijese á la justicia
quien era: solo por esto
son señores los señores,
que al fin se sirven de buenos.
Con esta declaracion
me ausenté; mas no pudiendo
vivir ausente, y zeloso,
de esta manera me he vuelto
á Madrid, y confiado
en vuestra amistad, me atrevo
á venirme á vuestra casa;
y escarmentado en efecto
de la lengua de un criado,
me he recatado del vuestro.
Aquí estaré algunos dias,
solo hasta saber si puedo
ver á doña Ana, por quien
tantas desdichas padezco.
Que aunque es verdad que ofendido
estoy, la estimo, y la quiero
tanto, que solo á quejarme
hoy á la corte me vuelvo,
por ver si acaso ¡ay de mí!
se disculpa; que si llego,

hablándola alguna noche,
siendo vos solo el tercero,
á oir satisfaccion, que antes
que ella la diga, la creo,
me iré á Flandes consolado
de que sus disculpas llevo,
que haciendo amistades, sean,
camaradas de mis zelos;
porque así estaré seguro,
que ni el pesar, ni el contento
me maten; bien como aquel
que está herido de un veneno,
y otro veneno le cura;
que este es el último estremo
de un hombre zeloso, pues
no puede, ni yo lo creo,
hacer de su parte mas
que decir: quejoso vengo
á creér cuanto digais;
y pues que vivir no puedo,
haced que muera del gozo,
si he de morir del tormento.

Don Pedro.

En dos empeños me pone
la merced que me habeis hecho
de valeros de esta casa,
y de mi, y es el primero
el ampararos en ella;
y así, cortesmente ofrezco
casa, hacienda, honor, y vida,
don Juan, al servicio vuestro.
El segundo, es ayudaros
en vuestro amor; para esto,
y para todo es forzoso,
supuesto que él ha de veros

fiaros de ese criado,
que aunque ha poco que le tengo,
tengo de él satisfaccion.
No hablo ahora en vuestro pleito,
que ya sabeis que un don Luis
de Medrano, que era deudo
del muerto, es quien se ha mostrado
parte.

Don Juan.

Ya nos conocemos
los dos.

Don Pedro.

Pues esto dejado,
porque en efecto no quiero
hablaros en penas hoy,
de doña Ana, lo que puedo
deciros, es, que ni el rostro
la he visto desde el suceso
de esa noche, ni en ventana,
ni en iglesia, ní en paseo
de Prado, y calle Mayor,
que es mucho para mi, siendo,
como soy, vecino suyo.

Don Juan.

Fineza es, don Pedro, ¿pero
quien puede á mi asegurarme
que es por mí, y no por el muerto
ese luto que ha vestido
su hermosura?

Don Pedro.

¡Mas qué presto
á lo que le está peor
discurre el entendimiento!

Don Juan.

¿Qué quereis? Es mas honrado

el mal que el bien.

Don Pedro.

No lo entiendo.

Don Juan.

Yo si, pues dudo del bien
cuanto dice, y del mal creo
cuanto imagina, y mirad
cual es mas honrado, puesto
que uno siempre está tratando
verdad, y otro está mintiendo.
Pero lo que de la noche
restaba al nocturno velo,
se ha desvanecido ya,
de la hermosa luz huyendo
del sol, recogeos, y haced
del dia noche.

Don Pedro.

No puedo,
porque tengo á aquestas horas
que hacer, y antes agradezco
haberme hallado vestido.

Don Juan.

Desvelado galanteo
teneis, pues os recogeis
tan tarde, y volveis tan presto.

Don Pedro.

Ando por averiguar,
don Juan, amigo, unos zelos,
por dejar desengañada
una pretension que tengo,
y he de ir al Parque, porque
su apacible sitio ameno
de las flores y las damas
es el cortesano imperio
estas mañanas de Abril,

y Mayo, y he de ir siguiendo
esta dama: vos podeis
descansar en tanto. ¿Arceo?

ESCENA IV.

Dichos y Arceo.

Arceo.

¿Señor?

Don Pedro.

Haz que luego al punto
se haga en aqueste aposento
una cama, y esto sea
con recato, y con silencio,
que importa que nadie sepa,
qué al señor don Juan tenemos
en casa, y de tí lo fio
solamente. A Dios. *Vase.*

Arceo.

Tú has hecho
conmigo, lo que se suele
con los galeotes, y es cierto,
pues de ellos nada hay seguro,
sino lo que se fia de ellos.

Don Juan.

Yo me recaté de vos,
Arceo, hasta conoceros.

ESCENA V.

Decoracion de calle.

Doña Clara, Inés y criadas.

Inés.

¿En fin, has dado en que has de ir

al Parque?

Doña Clara.

¿Quieres saber
si puede dejar de ser,
Inés? Pues has de advertír
que me ha dicho que no vaya
á él don Hipólito, y creo
que fue alentar mi deseo,
para que mas presto vaya;
pues si ayer cuando me habló
que viníera me dijera,
presumo que no viniera;
y solo porque llegó
á persuadirse que habia
de obedecerle, me ha dado
tal gana, que he madrugado
dos horas antes del dia.

Inés.

No es en nosotras hoy nueva
esa culpa, ese pecado;
que pecar en lo vedado
es el patrimonio de Eva.
Pero no sé lo que diga
de este amor, de este deseo
de los dos, porque no creo
lo que á los dos os obliga.
Don Hipólito es un hombre,
por loco, y por maldiciente,
conocido de la gente
mas que por su propio nombre.
Tú, (perdona lo que digo)
muger, en justo, ó injusto,
muy amiga de tu gusto,
de tu libertad amiga.
El á todos quiso bien,

tú á todos quisiste mal;
dime, ¿amor tan desigual
cómo ha de parar en bien?

Doña Clara.

Pensarás que me he enojado,
Inés, por haberme dicho
su capricho, y mi capricho,
y antes gran gusto me has dado;
porque no hay para mí cosa
como hombres de estraños modos,
y que al fin me tengan todos
por vana y por caprichosa.
¿Qué, quisieras que estuviera
muy firme yo, y muy constante,
sujeta solo á un amante,
que mil desaires me hiciera,
porque se viera querido?
Eso no, el que he de querer
con sobresalto ha de ser,
mientras que no es mi marido:
y así, por darsele hoy,
á don Hipólito, quiero
ir al Parque, donde espero
porque disfrazada voy,
pasear, hablar, reír,
preguntar, y responder,
ser vista en efecto, y ver;
porque no se ha de admitir
al amante mas fiel
por el gusto que ha de dar.

Inés.

¿Pues por qué?

Doña Clara.

Por el pesar
que se le ha de dar á él.

Inés.

Y tienes mucha razon;
con lo cual hemos llegado
á la calle que fue prado
en virtud del azadon.

Doña Clara.

Pues bajemos por aquí
á la de Alamos, que es
arrendajo de Pagés.

Inés.

Parece que cantan.

Doña Clara.

Si.

ESCENA VI.

PARQUE DE PALACIO.

Don Luis y don Hipólito.

Música.

*Mañanicas floridas
de Abril y Mayo,
despertad á mi niña,
no duerma tanto.*

Don Luis.

Solo haceros compañía,
don Hipólito, pudiera
vencer de mi pena fiera
la grave melancolía.

Don Hipólito.

Por divertiros yo á vos
de vuestro primo en la muerte,
os traigo de aquesta suerte
al Parque, donde los dos
divirtamos la mañana.

Don Luis.

Mas hermoso el sol parece,
porque embozado amanece
entre nubes de oro, y grana.

Don Hipólito.

Desde aquí podemos ver
la gente que va bajando:
!Que tierno va enamorando
don Sancho allí, á la muger
de aquel letrado su amigo!

Don Luis.

Que es amistad, no se ignore,
porque otro no la enamore.

Don Hipólito.

A un pleito está aquí, y yo digo
que parecer tomará
de los dos, pués le conviene
verla á ella por el que tiene,
como á él por el que da.

Don Luis

Maldiciente estais. ¡Qué no
os reduzca yo!

Don Hipólito.

Advertid,
que no hay hombre hoy en Madrid
de mejor lengua que yo.
¿Aquella no es Flora?

Don Luis.

Si.

Don Hipólito.

Harto es, que á fiesta de á pie
haya venido.

Don Luis.

¿Por qué?

Don Hipólito.

Porque en mi vida la ví,
sino en coche; por apuesta
fue por quien se ha presumido
que le dijo á su marido:
con lo que la casa cuesta
de alquiler, echemos coche;
y volviéndola á decir:
¿pues donde hemos de vivir,
y estar el dia y la noche?
dijo: si el coche tuviera,
sin casa vivir podia,
en el coche todo el dia,
y de noche en la cochera.

Don Luis.

Eso es como lo que pasa
á doña Clara de Ovalle:
pues viviendo hácia la calle,
la sobra toda la casa.

Don Hipólito.

Es verdad, y cierto dia,
cumpliendo el plazo, el casero
vino á pedirle el dinero
de la casa en que vivia.
Y ella dijo: ¡Hay tal traicion!
¿Esta desvergüenza pasa?
Aunque yo alquilo la casa,
no vivo sino al balcon.

Don Luis.

¿Qué diera porque os oyera?

Don Luis.

Por eso no lo oirá, no;
que anoche la dije yo,
que de casa no saliera.

ESCENA VII.

Dichos, y doña Clara é Inés con mantos y con sombreros.

Doña Clara.

Mejor mañana no vi
en mi vida.

Inés.

Ni yo á fé;
pero tapate.

Doña Clara.

¿Por qué?

Inés.

Don Hipólito está allí.

Don Luis.

¿Habeis visto en vuestra vida
muger mas airosa?

Don Hipólito.

No,
ni al Parque jamás salió
mas aseada y bien prendida.

Don Luis.

Pues la donada, por Dios
que no es muy mala.

Don Hipólito.

Embistamos
esta empresa, pues estamos
en el campo dos á dos.

Inés.

Don Hipólito, y don Luis
llegan á hablarnos.

Doña Clara.

Repara
en que de ninguna suerte

responda una palabra ;
que no quiero que los dos
me conozcan.

Inés

Si tapadas
estamos, y en este trage,
que es en el que todos andan,
¿como te han de conocer?

Doña Clara.

Si le respondo, en el habla;
que persuadirse que puede
estar segura una dama
solamente con taparse
es bueno para la farsa,
mas no para sucedido.

Don Hipólito.

Señora doña tapada,
que á honrar el festin alegre,
que hoy la primavera traza
en este verde salon,
donde vivas flores danzan,
al son del agua en las piedras,
y al son del viento en las ramas,
de rebozo habeis venido,
dad licencia cortesana
á un hombre, para que os diga,
que ha sido accion escusada
madrugar tanto, supuesto
que árbitro del sol y el alba,
esa negra sutil nube
trae consigo la mañana:
y á cualquier hora que vos
descubriérades la llama,
amaneciera, y tuviera
luz el dia, aliento el aúra.

*

¿ No me respondeis ? ¿ Por señas
me hablais ? No me desagrada.
¿ Ni aun para pedir bablais ?
No ; pues sois la mejor dama
que he visto en toda mi vida.
Albricias me pide el alma
de que me ha deparado una
muger, que no pide, y calla.

Don Luis.

¿ Y vos tambien profesais
la religion cartujana ?
¡ Linda cosa ! Vive Dios,
que ha dos mil años que andaba
buscándoos : mas que seais
tuerta, zurda, coja, ó manca,
pedigüeña, melindrosa,
contrahecha, roma, ó calva,
desde aquì por vos me muero.

Don Hipólito.

Ya que me negais el habla,
como si hubiera reñido
con vos, mostradme la cara.
¿ Ni eso tampoco ? Mirad
que dais á entender que es mala.
¿ Es verdad ? Yo no lo dudo ;
mas muger tan estremada,
no ha menester perfecion
mayor, que no hablar palabra.
Mas si yo no entiendo mal,
eso es decir que me vaya,
pero veis aquí que yo
no quiero entenderos nada ;
que en mi vida he sido mudo,
y muy poco se me alcanza
de esto de hablar por la mano.

¿Qué haceis, volverme la espalda?
Arte de enseñar á hablar
á los mudos, oye, aguarda.

Don Luis.

No ví muger en mi vida
de mejor gusto

Don Hipólito

Su casa
sepamos, que vive el cielo
que he de verla, y he de hablarla
hoy en ella, hasta saber
en que este embeleco para.

Don Luis.

Sigamosla, pues.

Don Hipólito.

Sigamos,
que ya veis cuanto me arrastra
una muger tramoyera;
pues el serlo solo es causa
de que á doña Clara ame;
y aquesta, sino me engaña
la pinta, lo es mucho mas
que la misma doña Clara.

ESCENA VIII.

Sala en casa de doña Ana.

Arceo y doña Lucía.

Doña Lucía.

No me tienes que decir,
que no te has de disculpar
de hacerme anoche esperar.

Arceo.

No pude anoche venir,

vive Dios, doña Lucía.

Doña Lucia.

¿Pues qué tuviste que hacer?

Arceo.

Si eso pudieras saber,
supieras que la fe mia
te trata verdad.

Doña Lucia.

¿Pues qué es,
que yo saberlo no puedo?

Arceo.

No es nada.

Doña Lucia.

Ofendida quedo
dos veces de tí, porque
no venir á noche á verme,
hoy venir, y no fiarme
un secreto, es agraviarme,
Arceo.

Arceo.

No sé que hacerme;
ea, no haya secreto entero,
que eres dueña y soy criado.
Anoche entró rebozado
en mi casa un caballero,
por mi señor preguntando....
Mas que has de callar advierte.
Este, pues, por una muerte
ausente está, y aguardando
á mi señor, me detuvo;
(nadie, en fin, lo ha de saber)
pues hasta el amanecer
hablando con él estuvo.
Luego en casa se quedó,
donde dice que ha de estar

(mira que lo has de callar)
escondido, y solo yo
lo sé, que en fin, soy secreto.
Don Juan de Guzman se llama,
de la casa de una dama,
que esto no oi bien, en efecto,
saliendo una noche, dió
á un caballero la muerte;
y en fin, está de esta suerte
retirado, donde no
lo saben mas que los dos.
Y pues me fio de ti,
esto no salga de aquí.
¡Bendito sea mi Dios,
que salí de este cuidado!

Doña Lucia.

Y yo por él darte quiero
los brazos.

Arceo.

Mas bien espero.

ESCENA IX.

Dichos y Pernía.

Pernia.

Á muy mal tiempo he llegado.
¡Hay tan gran bellaquería!

Arceo.

Pernía á los dos nos vió.

Doña Lucia.

Poco importa, porque no
es muy zeloso Pernía:
mas vete de aquí.

Arceo.

Si haré,

y corriendo como un potro.

ESCENA X.

Pernia y doña Lucia.

Pernia.

¿Doña Lucía, si otro
entrára, como yo entré,
estaba bueno el honor
de está casa? A mi señora
he de contar cuanto ahora
pasa; pues de tu rigor
vengarme, ingrata, no espero,
hecho estoy un fuego, un rayo.
¿De cuando acá asi un lacayo
se prefiere á un escudero?

Doña Lucia.

Unas cartas me ha traido
este hombre de un hermano
que está en las Indias, y es llano
que el abrazo el porte ha sido,
pues solo te quiero à tí.

Pernia.

Pues trueca el modo, cruel,
y desde hoy quierele á él,
y dame el abrazo á mi.

Doña Lucia.

Si abrazaré, procurando
hacer que calles, supuesto....
Mas mi señora.

ESCENA XI.

Dichos y doña Ana con manto.

Doña Ana.

¿Qué es esto?

Pernía.

Es que andan aquí abrazando.

Doña Lucía.

Hame traido ahora Pernía
nuevas de un hermano mio,
y gozoso mi alvedrío
tales estremos hacia.

Pernia.

Es, señora, caso llano,
y creerla te conviene;
para cada abrazo tiene
doña Lucía un hermano.

Doña Ana.

Salga y mire si està puesto
el coche, que es hora ya
de ir á misa.... ¿Pues no và
presto? (1)

Pernía

¿Aquesto no es ir presto?

ESCENA XII.

Doña Ana y doña Lucía.

Doña Lucía.

¿Tú, señora, tan dejada
del aliño, y la belleza,
que fuera de la tristeza
vives de tí descuidada?

Doña Ana.

No hay consuelo para mi,
ni me has de vèr en tu vida,
sino triste, y afligida.

---

(1) *Vase despacio Pernia.*

Doña Lucía.

¿Pues qué remedias asi?

Doña Ana.

¿Quién te ha dicho que yo quiero
remediar, sino sentir?
aunque si llego á advertir
que es el remedio primero
del mal el sentir el mal,
por sentirle mas, no sé
si al sentirle dejaré;
pues es mi desdicha tal,
que apeteciendo el morir,
sin pretender resistirle,
por no dejar de sentirle,
le dejára de sentir.
Desde el dia que á don Juan
en mi casa sucedió
aquella desdicha, y yo
veo que todos me dan
la culpa, sin merecella,
tan muerta, y tan otra estoy,
que aun sombra mia no soy.

Doña Lucía.

Si tan noble, como bella,
tu perfeccion me asegura
de callarlo, yo diré
que á donde está don Juan sé.

Doña Ana.

¡Qué neciamente procura
tu lisonja divertir
mi mal!

Doña Lucía.

Yo sé donde está;
aunque tú no lo oigas ya,
lo tengo yo que decir.

Don Juan á Madrid llegó
(mas que lo calles te pido)
y está en la casa escondido
de nuestro vecino; yo
lo sé, porque una criada
me lo ha dicho ahora á mi;
pero no salga de aquí;
ya ves que es cosa pesada.

Doña Ana.

¿Qué dices?

Doña Lucia.

Lo que es verdad.

Doña Ana.

Siendo dicha mia, no sè
si algun crédito la dé,
siendo esa temeridad.

ESCENA XIII.

Dichas, y doña Clara è Inès con mantos y sombreros.

Inès.

¿Qué es lo que tu pasion hacer procura?

Doña Clara.

¿Qué? llevar adelante una locura,
que aunque nada importára,
el verme don Hipólito de Lara,
por lo que se ha picado,
no ha de salir, hoy, no, de este cuidado.

Inés.

Que hay aquí gente mira.

Doña Clara.

¿Faltarà á una muger una mentira
que la saque de otra? Dama hermosa,
si quien dice muger, dice piadosa,
un rato (mal mi pena significo)

que me dejeis entrar aquí os suplico,
mientras un hombre pasa
esa calle, sagrado vuestra casa
sea de mi cuidado,
pues casa de deidad siempre es sagrado.

Doña Ana

Holgaréme por cierto
que sea, no sagrado, sino puerto;
pues la congoja vuestra,
bien que os importa el ocultaros muestra.

Doña Lucia.

Un hombre aquí se ha entrado.

Doña Clara.

¡Ay Dios! que es mi marido, y pues me ha dado
vuestra piedad licencia,
aquí he de retirarme con prudencia:
haced que una criada le despida,
porque me vá la fama, honor, y vida.

Doña Ana.

Pues decid....

Doña Clara.

Nada espero. (1)

Doña Ana.

Turbada me dejó con su sombrero.

Doña Lucia.

Yo voy tras ella, porque no sea ganga,
y se eche alguna sábana en la manga.

ESCENA XIV.

Doña Ana, doña Lucia y don Hipólito.

Don Hipólito.

Perdonad, que á la esfera,

---

(1) *Entranse Inés y doña Clara, dejando el sombrero á doña Ana.*

dosel florido de la primavera,
donde son vuestros bellos resplandores
la primera oficina de las flores,
pisar mi pie presuma,
calzado mas de plomo, que de pluma.

Doña Ana.

Disimular, fingiendo enojo intento. *ap.*
¿Quién os dió para tanto atrevimiento
caballero, osadía?

Don Hipólito.

Yo la tomé de la ventura mia,
que hasta veros, divina
deidad, vencer la nube, que cortina
de humo, ocultaba el fuego,
descanso no tuviera; y así luego
con el humo pasado,
y ahora, de esos rayos abrasado,
llorar, y arder presumo,
arder del fuego, pues lloré del humo.

Doña Ana.

No entiendo, caballero,
estilo tan cortés, y lisongero,
no sé que causa he dado
para que de esta suerte hayais entrado
en mi casa, si esfera
la llamais de la hermosa primavera;
no introduzcais en ella tal desmayo,
que espire su esplendor antes del rayo;
si humo seguís, que en sombras se resuelve,
no le espereis, que el humo nunca vuelve;
y si buscais el fuego,
no os acerqueis á él, y volveos luego;
que no vive enseñado á acciones tales
el antiguo blason de estos umbrales.

Don Hipólito.

Vos, ni veros, ni oiros
en el Parque dejasteis, y el seguiros
á riesgo de ofenderos,
tambien fue por oiros, y por veros;
y ahora advierto que fuera accion piadosa
oiros díscreta, cuando os miro hermosa;
porque si allí, sin veros os oyera,
á la dulce armonía suspendiera
el alma y el sentido
de esa voz que es veneno del oido:
y si hermosa os mirára,
sin oiros discreta, aquí postrára
alma, y vida en despojos
de esa luz, que es veneno de los ojos:
y así, porque no muera al advertiros
tan hermosa, me dá la vida oiros;
y así, porque no muera al conoceros
tan discreta, me dá la vida el veros;
de suerte, que mi vida
está de un daño, y otro defendida.
Quedad con Dios, en fin, porque no quiero,
ya que he sido atrevido, ser grosero;
pues ser grosero culpa mia habrá sido,
y vuestra lo ha de ser ser atrevido.

Doña Ana.

¡Hay cosa semejante!
¡Qué entre un hombre marido, y salga amante!
¡y de sus mismas penas descuidado,
llegue zeloso, y vuelva enamorado!

ESCENA XV.

Doña Ana, doña Lucia, Inés y doña Clara.

Doña Clara.

¿Fuese?

Doña Ana.

Si.

Doña Clara.

Tus pies pido.

Doña Ana

Vos teneis un finisimo marido.

Doña Clara.

Harto á Dios lo que paso en eso ofrezco;
pues sabe Dios lo que con él padezco.

Doña Ana.

Creyó, en fin, que era yo ¡raro suceso!
la dama que siguió, que aun para eso
sirvió el sombrero, y el estar con manto,
y el ser los trages parecidos tanto,
que como en los conceptos repetidos,
se encuentran tambien dos en los vestidos.

ESCENA XVI.

Dichos y Pernia.

Pernia.

Ya está el coche esperando.

Doña Ana.

Lucía, vé ahora registrando
la calle.

Doña Lucia.

Bien podrás seguramente
salir.

Doña Clara.

Aquesa vida el cielo aumente.

Doña Ana.

Ved si serviros puedo
en otra cosa.

Doña Clara.

Yo obligada quedo,

y no sé si ofendida,
pues lo que no pensé en toda mi vida
que suceder pudiera,
que es tener zelos yo ¡quién tal creyera!
acaso ha sucedido.

Inés.

¿Pues dime, qué has sentido?

Doña Clara.

Que haya este hombre á otra parte enamorado,
y en mi misma presencia requebrado. *Vase.*

Doña Ana.

Nada oigo, nada miro, nada siento
que para mi no sea otro tormento.

Doña Lucia.

¿Pues qué tienes ahora?

Doña Ana.

Ver que en todos la suerte se mejora,
en todos convalece,
y solo en mi de cualqniera mal fallece.
Cuando es culpada, halla esta la salida,
asi inocente pierdo yo la vida;
porque no está la culpa en que la culpa
se cometa, sino en no hallar disculpa.

ESCENA XVII.

Sala en casa de don Pedro.

Don Pedro por la puerta derecha, y don Juan por la izquierda, que es la de su aposento

Don Pedro.

Seais, don Juan, bien hallado.

Don Juan.

Vos, don Pedro, bien venido.
¿Cómo en el Parque os ha ido?

Don Pedro.

Mas.

Don Juan.

¿Como?

Don Pedro.

Como nó he hallado
la dama que iba á buscar,
y creo que son desvelos
de otro amante; cuyos zelos
ando por averiguar,
para que desengañado
cure con dolor al pecho;
que es mi amigo el que sospecho;
y está ya desconfiado.

Don Juan.

¿Es doña Clara la dama?

Don Pedro.

Si.

Don Juan.

¿Y el galan?

Don Pedro.

Es un hombre
de buena opinion, y nombre,
don Hipólito se llama;
y esto para otro lugar.
¿Vos, qué habeis hecho?

Don Juan.

Sentir,
desesperarme, morir,
sin poderlo remediar.
¿Decid, qué traza daremos,
para que logre mi fe
ver á doña Ana?

Don Pedro.

No sé,

que no hay verlas, mas pensemos
si habrá por donde.

ESCENA XVIII.

Dichos y Arceo.

Arceo.

Señor,
don Hipólito, un tu amigo,
te busca ahí fuera; testigo
no puede venir peor,
que él dirá cuanto supiere.

Don Juan.

Por lo que puede pasar,
presente tengo de estar,
á cuanto aquí sucediere,
á vuestro lado.

Don Pedro.

No es justo
que os vea; á vuestro aposento
os retirad.

Don Juan.

Mucho siento...

Don Pedro.

Don Juan, hacedme este gusto.

ESCENA XIX.

Don Pedro y don Hipólito.

Don Hipólito.

¿Qué hay don Pedro, cómo estais?

Don Pedro.

A vuestro servicio. ¿Y vos?

Don Hipólito.

Al vuestro.

Don Pedro.

¿Pues qué mirais?

Don Hipólito.

Si hay aquí mas que los dos.

Don Pedro.

No, ¿qué quereis?

Don Hipólito.

Que me oigais.

Esta mañana salí
á ese verde hermoso sitio,
á esa divina maleza,
á ese ameno paraiso,
á ese Parque, rica alfombra
del mas supremo edificio,
dosel del cuarto planeta,
con privilegios de quinto,
esfera, en fin, de los rayos
de Isabel, y de Filipo;
desde cuyo heróico asiento,
siempre bella, siempre invicto,
estan católicas luces
dando resplandor al indio,
siendo en el jardin del aire
ramilletes fugitivos.

Don Pedro.

¿En qué parará venir *ap.*
á contar lo que yo he visto?

ESCENA XX.

Dichos, y don Juan y Arceo al paño.

Don Juan.

Sin duda, sabe que allí
hoy á su dama ha seguido,
y viene quejoso de él.

de todo estaré advertido.

Don Hipólito.

De cuantas al alba dieron
envidia en varios corrillos,
tegiendo corros sin orden.
dando vueltas sin aviso,
una embozada hermosura
tal ventaja á todas hizo,
que oscureció con su sombra
las demas luces: yo he visto
salir al campo á traer rosas
de sus jardines floridos,
pero á dejar rosas, no,
sino hoy, que al desperdicio
de un pie debió el campo cuantas
fueron al contacto altivo,
quedando blancos jazmines,
quedando marchitos lirios.
Bajaba por una cuesta
una muger ¡qué mal digo!
un encanto, sí, embozado,
disfrazado, sí, un hechizo.
El sutil manto en celages,
ya oscuros, y ya distintos,
ó negaba, ó concedia
el rostro: ¿cuando ha salido
mas hermosa el alba, cuando
se mostró el sol mas lucido,
que cuando el alba entre sombras,
que cuando el sol entre visos,
dan recateada la luz,
y anda dudoso el sentido.
haciendo apuesta entre sí;
si lo ha visto, ó no lo ha visto?

Don Pedro.

Todo esto vendrá á parar *ap.*
en que doña Clara ha sido,
por venir á hablar en ella.

Don Juan.

¡O qué cansados estilos!

Don Hipólito.

Coronaba sobre el manto
los bien descuidados rizos
aíroso un blanco sombrero,
por una parte prendido
de un corchete de diamantes;
sobre un penacho, que hizo
lisonja al aire, diciendo
á sus halagos rendidos:
pues inclinada la frente,
si á cuanto me dicen digo,
mejor que mi dueño, yo
sé obligarme de suspiros.
El talle era bíen sacado,
y de buen gusto el vestido
mas, que rico, pero si era
de buen gusto, ¿qué mas rico?
Dejo, aquí, por no cansaros,
lo que en el Parque tuvimos,
y voy á que la seguí
á su casa, que atrevido
entré en ella, que ví al sol
cara á cara, que rendido,
lo que antes diera por verla,
diera por no haberla visto
despues; porque de sus rayos
mariposa mi alvedrío,
entró enamorando el riesgo,
salió halagando el peligro.

Esta, pues, mal lisongeada
beldad, turbado lo digo...

Arceo.

Aquí es ello.

Don Juan.

Escucha.

Don Pedro.

Ahora *ap.*
se va á declarar conmigo.

Don Hipólito.

Es una vecina vuestra;
esa pared sola ha sido
la que su esfera divide,
y pues que, como vecino,
es fuerza...

Don Juan.

¡Ay de mi! ¿que escucho?

Don Pedro.

¿Qué haré, si don Juan lo ha oido? *ap.*

Don Hipólito.

Que sepais quien es; decidme
su nombre, porque atrevido
pienso adorar su belleza,
y para todo es arbitrio
entrar, don Pedro, informado
y mas de tan buen amigo.

Don Juan.

Estaba por responderle
yo.

Arceo.

Detente.

Don Pedro.

¿Quién se ha visto *ap.*
en igual duda? ¿Qué haré?
Si quien es aquí le digo,

será alentar su esperanza;
si lo niego, es desvario,
que podrá saberlo de otro;
si el amor le significo
de don Juan, su honor ofendo;
mas queden con buen estilo
un amor desengañado,
un honor seguro, y limpio,
y atajados unos zelos,
con la verdad sin peligro
de no decir la verdad;
mucho haré si lo consigo.
Don Hipólito, pues ya
vuestra relacion he oido,
oidme á mi, y agradeced
de que tan á los principios
os halle este desengaño.
La dama que habeis seguido,
doña Ana de Lara es,
y mas que por su apellido,
ilustre por su virtud,
que esta casa que habeis dicho,
es el templo de la fama;
pareceme desvarío
seguir este galanteo,
que os aseguro, os afirmo,
que intentais un imposible.

Don Hipólito.

Yo noticia os he pedido,
no consejo, y pues la llevo,
quedad con Dios, que si altivo
muriere mi pensamiento,
osado, y desvanecido
de atrevimiento tan noble,
¿qué mas premio qué el castigo?

ESCENA XXI.

Don Juan y don Pedro.

Don Juan.

Decidme ahora, don Pedro,
que el sol apenas ha visto
en esta ausencia á doña Ana;
mas direis bien si ha salido
de su casa antes que el sol
á ser del Parque prodigio.

Don Pedro.

No sé que os diga.

Don Juan.

Yo sí.

Don Pedro.

¿Qué?

Don Juan.

Que huyamos el peligro;
ya la he perdido dos veces,
ya verla, ni hablarla estimo;
haced que me busquen postas,
que esta noche ¡ah cielo impío!
he de volver de una vez
la espalda.

Don Pedro.

Mirad...

Don Juan.

Ya miro,
que en mi presencia hallo á otro
en su casa ¡estoy sin juicio!
y que en mi ausencia despues
sale ¡con razon me aflijo!
á ser vista ¡qué rigor!
de donde trae ¡qué martirio!

nuevo amor. ¡O quién quitára
del año este mes florido!
mas no tiene la culpa él,
yo sí, que una sombra sigo;
yo si, que un aspid adoro;
yo sí, que amo un basilisco:
Mañanas de Abril y Mayo,
noches para mi habeis sido.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DOÑA CLARA.

Doña Clara, afligida, é Inés.

Inés.

¿Tú triste, tú pensativa,
meláncolica, y suspensa?
¿tan bien perdida, y tan mal
hallada contigo mesma?
¿Donde, señora, está el brio,
el buen gusto, la belleza,
y el despejo?

Doña Clara.

No lo sé,
y no es mucho ¡ay Dios! que necia,
pues que no sé de mi vida,
de mis acciones no sepa.
¿Quién creerá de mi ¡Ay de mi!
que yo llore, y que yo sienta
desaires de un hombre? Yo,
que tan altiva y soberbia,
me llamé la vengadora
de las mugeres, sujeta
tanto á un desaire me veo?

Inés.

Yo no sé que razon tengas
para tanto sentimiento,
pues si bien se considera,
él te siguió á tí, y tú fuiste

la causa de la fineza.
Luego si estas ofendida,
y obligada tambien, sea
tu mal consuelo de otro;
supuesto que representas,
despreciada, y pretendida,
la zelosa de ti mesma.
Ya fue el cuidado por ti,
pues por ti en la casa entra
de la otra, y si se halla
tan empeñado con ella,
¿como se puede escusar
de andar galan? Considera
que si has de olvidar á un hombre,
porque á una hable y á otra vea,
no hay que querer á ninguno;
que maldito de Dios sea,
señora, el que hay, que no diga
lo mismo á cuantas encuentra.

Doña Clara.

Con todo eso, ya llegué,
(confieso que anduve necia)
á darme por entendida
de este agravio con mis penas,
y me tengo de vengar.

Inés.

¿De qué suerte?

Doña Clara.

Escucha atenta:
un papel le he de escribir,
disfrazándole mi letra,
y escribiendole tú
en nombre de la encubierta
dama, diciéndole en él
cuán obligada me deja

su cortesía: y que quiero
hablarle á solas, que tenga
una silla prevenida,
y una casa dónde pueda
verle esta tarde; él muy vano,
creido de su soberbia,
pensará que tiene lance;
y para que no le tenga,
iré yo, y será buen paso
lo que hará cuando me vea.

Inés.

¿Y qué consigues con eso?

Doña Clara.

Dos cosas; es la primera,
burlarme de él; la segunda
desengañarle, y que sepa
que fuí la tapada yo,
porque no se desvanezca,
presumiendo que la otra
le dió ocasion de que fuera
tras ella, y su galanteo
prosia.

Inés.

¿Esta diligencia
no pudiera hacerse en casa?

Doña Clara.

Con venganza no pudiera.

Inés.

No sé si aciertas en eso.

Doña Clara.

¿Cómo?

Inés

Yo te lo dijera,
si él y aquel don Luis no entráran.

Doña Clara,
Pues disimular, no entiendan,
hasta este lance, que fuimos
las tapadas.

ESCENA II.

Dichas, don Hipólito y don Luis.

Don Hipólito.
Considera,
don Luis, que importa sacarme
presto de aquí.
Don Luis.
Si haré.
Doña Clara.
¿Era,
señor don Hipólito, hora
de veros? ¿tan larga ausencia?
Desde ayer no me habeis visto.
Don Hipólito.
Solo pudiera esa queja
hacer mi ausencia feliz,
que es sutil estratagema
de amor, que una pena misma
hacerse lisonja sepa;
mas no vine esta mañana,
presumiendo que estuvieras
en el Parque, como anoche
dijiste.
Doña Clara.
Deten la lengua:
pues si anoche me dijiste
que de casa no saliera,
¿habia de salir de casa?
¡Jesus! de mi no se crea

tal desenvoltura, tal
liviandad de mi obediencia.

Don Luis.

Harto le encarezco yo
á don Hipólito esa
verdad, y cuan obligado
debe estar de esa fineza;
y aun él la conoce bien,
pues la paga con la mesma.

Doña Clara.

¿Luego él al Parque no fué?

Don Hipólito

¡Jesus! ¿pues tal de mi piensas,
sabiendo que para mi
no hay, Clara, holgura, ni fiesta
donde tú no estás?

Doña Clara.

Y yo
lo creo, como si lo viera,
pues si tú hubieras estado
hoy en el Parque, hoy hubiera
estado en el Parque yo,
claro está, y es cosa cierta;
pues si yo en tu pecho vivo,
y tú en el pecho me llevas,
contigo hubiera yo estado,
disfrazada y encubierta.

Don Hipólito

¡Qué fácil es de engañar *ap.*
á la muger mas discreta!

Doña Clara.

Qué sea bobo el mas bellaco *ap.*
¡de los hombres!

Inés.

Hombres, y hembras,

así unos á otros se engañan,
cuando que se quieren piensan.

Don Luis. (1)

Aunque es el primer precepto
de amor no estorbar, licencia
me dareis, para que os diga
que unos amigos me esperan,
donde es preciso llevar
á don Hipólito; esta
ausencia os deba el ser yo
tan vuestro criado.

Doña Clara.

Cesa,
don Luis, que no es esta sala
donde hablar la parte es fuerza
por procurador; si él quiere
hablar, hable, y no por señas.
Id, don Hipólito; á Dios,
que esta casa es siempre vuestra
para iros, y para estaros;
pues siempre de la manera
que abierta para que entreis,
para que os vaís está abierta.
Pon esos hombres, Inés,
en la calle, y luego cierrra
las puertas.

Don Hipólito.

Escucha.

Doña Clara.

¿Yo
escucharte?

Don Luis.

Considera

(1) *Le hace señas á don Hipólito.*

que si yo tuve la culpa,
no ha de tener él la pena.

Doña Clara.

Yo no me enojo con él,
ni con vos, doy la licencia
que me pedís. Mucho hago *ap.*
en no declarar mis quejas,
porque estoy muy enfadada
en verlos hablar por señas.

ESCENA III.

Dichos, menos doña Clara é Inés.

Don Hipólio.

¿Qué os parece, don Luis,
de este amor, de esta fineza?

Don Luis.

Que vos habeis reducido
á precepto y y obediencia
la condicion mas rebelde
de una muger ¡Quien creyera
que doña Clara llegára
nunca á verse tan sujeta,
que no saliera de casa,
por decir que no saliera?
En fin, vos lo rendís todo.

Don Hipólito.

Yo tengo notable estrella
con mugeres.

Don Luis.

Bien se vé,
pues habeis triunfado de esta.
pero decidme, ¿á qué efecto
ha sido toda la priesa
de que salgamos de aquí?

Don Hipólito.

¿Tan mal mi dolor lo muestra,
que ha menester esplicarle
mas que el afecto, la lengua?
¿No os dije, que la tapada
ví en su casa descubierta,
donde porque entrára yo,
os quedasteis á la puerta?
¿No os dije como la hablé,
y que es entendida, y bella,
sin que subsidios de hermosa
den escusados de necia?
¿No os dije como informado
de don Pedro, dijo que era
rica y noble?

Don Luis.

Si.

Don Hipólito.

¿Pues como
dudais donde voy? ¿No es fuerza
que vaya á estarme en su calle?
No digo bien, ¿en la esfera
luciente del mejor sol,
á cuya dulce violencia
arde abrasada la pluma,
y derretida la cera?

Don Luis.

No ¿creeis al desengaño
de decir don Pedro que era
la pretension imposible,
por su virtud, y sus prendas?

Don Hipólito.

Si es esa otra parte mas
para ser amada, esa
es hoy la que mas me anima,

es hoy la que mas me alienta.

Don Luis.

Pues, ¿y la comodidad?

Don Hipólito.

¿Pues no es comodidad esta,
si es rica, noble, y hermosa,
de buena opinion, y honesta,
y puedo dentro de un mes
estar casado con ella?

ESCENA IV.

Decoracion de calle.

Inés con manto.

Apriesa escribió mi ama
el papel, y mas apriesa
yo tras ellos me he venido,
y cogiéndoles las vueltas,
hasta la calle he llegado
de la madama, y aun esta
es su casa; allí se paran;
yo no quiero que me vean
tras ellos, porque no echen
de ver que los seguí: sea
otra vez de mi delito
sagrado su casa mesma.

ESCENA V.

Inés, don Hipólito y don Luis.

Don Hipólito.

Esta es la calle feliz;
¿pero quién dudar pudiera
que habia de vivir Flora

en la calle de las Huertas?
Este es el balcon por donde,
en tornasoles envuelta,
sale el alba, á todas horas
de jazmines, y azucenas
coronada, pues el dia
en sus umbrales despierta.

Inés.

Ya de que los he seguido
desmentida la sospecha
está: daréle el papel,
como mi ama lo ordena:
vuelvo á penar en lo mudo.

Don Luis.

Una muger encubierta
ha salido de su casa.

Don Hipólito.

Y hácia nosotros se acerca.

Don Luis.

De las dos debe de ser,
pues que vuelve á hablar por señas.

Don Hipólito.

Estas mugeres, sin duda,
en casa el hablar se dejan.
cuando salen de ella, pues
solo hablan dentro de ella.
¿Es á mi? ¿Si? Pues ya estoy
aquí: ¿qué quieres...? Espera,
muger.

Don Luis.

Aquello es decir,
que no la sigais.

ESCENA VI.

Dichos menos Inés.

Don Hipólito.

Ligera
volvió la espalda, avisando
que cálle, y el papel lea.

Lee. *El mayor argumento de la nobleza fue siempre la cortesia, la vuestra me asegura la verdad de todo; y asi os he menester para fiar de vos un secreto: tened una silla para luego en san Sebastian, y una casa donde pueda hablaros. Dios os guarde. = La dama muda.*

¿Qué decís de este papel?
Decid ahora que crea
á don Pedro, y que desista
de la pretension.

Don Luis.

Empresa
notable seguís.

Don Hipólito.

¿No os digo,
que yo tengo linda estrella
con mugeres?

Don Luis.

¿Y qué habeis
de hacer?

Don Hipólito.

Todo cuanto ordena;
y asi entre los dos partamos
ahora las diligencias,
que este es oficio de amigo.
Id, don Luis, por vida vuestra;
pues venimos sin cuidado,
por la silla, y esté puesta

al punto en san Sebastian,
como dice; y cuando venga,
le direis, que por no dar
de aquesto á un criado cuenta,
os la dí à vos; porque hagamos
la necesidad fineza,
que yo os espero en mi casa.

Don Luis.

¿Y si doña Clara acierta
á ir allá?

Don Hipólito.

Habeís reparado
bien. ¡Qué gran disgusto fuera
que ella llegára á saberlo!
¿Qué haremos?

Don Luis.

Pues que es tan cerca
la casa de este don Pedro,
mejor es llevarla á ella.

Don Hipólito.

Es verdad; prevenid vos
la silla, por vida vuestra,
mientras prevengo la casa.

Don Luis.

Oid; de la suya mesma
otras dos salen.

Don Hipólito.

Mirad
si lo han tomado de veras.
No malogremos la dicha,
vamonos sin que nos vean,
que estando aquí, podrá ser
que ir á otra parte no quieran.

Don Luis.

Voy á prevenir la silla.

ESCENA VII.

Doña Ana, Doña Lucia y Pernía.

Doña Lucia.

¿Qué es, señora, lo qué intentas?
¿En este trage de casa
sales?

Doña Ana.

A esto amor me fuerza:
en la casa de don Pedro
he de entrar, ya estoy resuelta,
hasta saber si don Juan
en ella se oculta ó cierra.

Doña Lucia.

¿Pues donde vas? Esta es
la casa.

Doña Ana.

¿No eres mas necia?
Pasa de largo, porque
deslumbremos las sospechas,
si acaso me ha visto alguno
salir de casa, no entienda
que á esotra voy. ¡Ay don Juan!
¡ay amor, lo que me cuestas!

ESCENA VIII.

SALA EN CASA DE DON PEDRO.

Don Pedro y don Juan.

Don Pedro.

Notable sois por cierto.

Don Juan.

No lo he de ser, don Pedro, si estoy muerto;

de zelos, y de agravios,
las manos sin acento, la voz sin labios.

Don Pedro.

Si yo de vuestros zelos
hoy traigo averiguados los rezelos,
y desecho el engaño,
¿qué os quejais?

Don Juan.

Para mí no hay desengaño.

Don Pedro.

Pues yo puedo deciros,
que solo por serviros,
ahora cauteloso,
y con vuestro poder, don Juan, zeloso,
de uno, y otro criado,
en casa de doña Ana me he informado,
si salió esta mañana
al Parque, y dicen todos que doña Ana
solo á misa ha salido
en su coche á las once, y nadie ha habido
que lo contrario diga.

Don Juan.

¿Pues quién á don Hipólito le obliga,
don Pedro, á haber mentido?

Don Pedro.

Asegurad vos bien vuestro partido;
pero no averigüeis tan neciamente,
puesto que mienta el otro, porque miente.

Don Juan

¿Quereis ver cuán atento
estoy á mi dolor, y á mi tormento?
pues con creer el daño como á daño,
me ha sosegado en parte el desengaño;
y así, aunque no queria
ver á doña Ana, al espirar del dia

verla, y hablarla quiero,
y decir, ya que muero, por qué muero,
quejándome de todo.

Don Pedro.

Pues yo os diré, ya que así estais, el modo
que me parece que hay de prevenilla.
Vos habeis de escribilla
un papel que ha de darle ese criado:
mas luego lo diré porque han llamado.

ESCENA IX.

Dichos y Arceo.

Arceo.

Hasta aquí don Hipólito se entra.

Don Pedro.

Ya veis lo que perdeis, si aquí os encuentra,
yo saldré á recibille.

Don Juan.

Eso no, porque yo tengo de oille.

Don Pedro.

¿Pues no os fiais de mi?

Don Juan.

Yo si me fio;
mas es desconfiado el valor mio.

Don Pedro.

Yo estoy tan satisfecho
del honor de doña Ana, que sospecho
que viene á retractarse,
y asi, muy poco llega á aventurarse;
retiraos.

Don Juan.

Piedad, cielos,
escuche dichas, quien escucha zelos.

ESCENA X.

Don Juan y don Hipólito.

Don Hipólito.

Don Pedro, siempre vengo
á vos, ó con el mal, ó el bien que tengo;
ya que de vos me fio,
amparadme, pues sois amigo mio.
Doña Ana...

Don Pedro.

¡Hay semejante *ap.*
confusion! No paseis mas adelante,
no teneis que decirme,
que vuestra pretension constante, y firme
es tal, que yo la creo como es justo.

Don Hipólito

Lejos dais de mi dicha, y de mi gusto,
que es lo contrario lo que hablaros quiero.

Don Pedro.

¡Cielos, qué es esto! *ap.*

Don Juan.

Hasta escucharlo espero. *ap.*

Don Pedro.

¿Qué he de hacer? Porque temo *ap.*
que pase este negocio á mas estremo.

Don Hipólito.

En fin, doña Ana...

Don Juan.

¿Quién mi suerte ignora?

Don Pedro.

Esperad un instante: hablad ahora. (1)

---

(1) *Cierra don Pedro la puerta del aposento donde está don Juan.*

Don Hipólito.

¿Por qué cerrais?

Don Pedro.

No quiero que esa puerta,
cuando fuera me voy, se quede abierta.
Con esto he asegurado *ap.*
aquí de dos cuidados un cuidado;
zelos, y riesgo le han buscado, cielos;
estorbe el riesgo, ya que no los zelos.

Don Hipólito.

Doña Ana, pues, este papel me escribe;
que busque donde hablarla me apercíbe,
y pues mi dicha pasa
tan adelante, dadme vuestra casa,
adonde pueda vella;
tapada vendrá á ella.
Yo he menester á Arceo,
que se venga conmigo, que deseo,
mientras llega, advertido,
tener algun regalo prevenido;
y pues que la respuesta
ha de ser ayudar dicha como esta;
quedad con Dios, que con el bien que toco,
loco debo estar, sino voy loco.

Don Pedro.

Oid, mirad.

Don Hipólito.

No me deja mi deseo,
ni lo espereis que yo me llevo á Arceo

ESCENA XI.

Don Pedro y don Juan.

Don Pedro.

¿Qué haré, de dos amigos empeñado,

si uno me busca, y otro está encerrado,
y ambos de mi se fian? Triste llego
á abrir las puertas, y en las dudas ciego. (1)
Don Juan, viendo que aquí (¡confusion braba!)
una desdicha, y otra acá os buscaba
en desecha fortuna,
quise de dos embarazar la una,
y porque no saliérades restado,
ya que zeloso......

Don Juan.

Todo fue escusado,
que oyendo lo que oí, aunque estuviera
abierto, no saliera;
pues á tal desengaño, cosa es clara
que esperára hasta verle cara á cara;
necedad en el mundo introducida,
solicitar lo que quitó la vida.

Don Pedro.

Esa ahora es mi duda,
yo no sé como á tanto empeño acuda.
Don Hipólito ¡ay cielos! este dia
de mí su gusto, y vuestra pena fia:
mi obligacion en vuestras manos dejo;
¿qué hiciérades? ¡ay Dios! dadme consejo.

Don Juan.

Yo no sé lo que hiciera,
si vos, don Pedro, fuera
en un caso tan nuevo,
mas siendo yo, bien sé lo que hacer debo;
que es, aunque el alma en zelos se me abrasa,
el respeto guardar á vuestra casa:
mas fuera de ella le daré la muerte,
ya que el duelo de amor es ley tan fuerte,

---

(1) *Abre la puerta y sale don Juan.*

que dispone severa,
que ofenda la muger, y el hombre muera.

Don Pedro.

Vos no habeis de salir de aquí.

Don Juan.

Es en vano,
que he de salir.

Don Pedro.

Vuestro peligro es llano.

Don Juan.

¿Y esotro no lo es? ¿quereis que vea
hoy mis desdichas yo? pues asi sea;
que aquí me estaré, digo,
y que de mi dolor seré testigo:
venga doña Ana, de otro enamorada,
y... Mucho iba á decir, no digo nada.

Don Pedro.

Eso tampoco es justo.

Don Juan.

Pues ni irme, ni quedarme, no os dá gusto;
(estoy perdido y loco)
¿qué quereis?

Don Pedro.

No lo sé.

Don Juan.

Ni yo tampoco.

Don Pedro.

Solo deciros quiero,
que aunque desdichas solamente espero,
estoy tan confiado
del honor de doña Ana, que he pensado
que este se desvanece,
ó que su amor algun error padece.

Don Juan.

¿Confianza tan vana,

de qué os nace?

Don Pedro.

De ser quien es doña Ana,
que es muger principal.

Don Juan.

Necio anduvesteis,
si antes, que principal, muger dijisteis;
y ved si engaño habrá, que ya han entrado
dos mugeres.

Don Pedro.

Yo estoy desesperado,
pues consultando estremos,
tratando mucho, nada resolvemos,
y ya el lance llegó: no sé que hacerme;
escondeos.

Don Juan.

Yo no tengo de esconderme.

Don Pedro.

¿Pues quereis que aquí os vean?

Don Juan.

¿Habrá desdichas que mayores sean?

Don Pedro.

Haced esto por mí, hasta que sepamos
la verdad, y despues los dos muramos
en la defensa del agravio vuestro.

Don Juan.

Mi amistad asi os muestro,
pero con condicion ¡desdicha grave!
que á aquesta puerta he de quitar la llave,
y ha de estar siempre abierta.

ESCENA XII.

Don Pedro, doña Ana, doña Lucia y don Juan al paño.

Doña Lucia.

Oye, Pernía, quedese á la puerta.

Doña Ana.

Señor don Pedro Giron,
muy admirado estareis
de ver hoy en vuestra casa
entrarse así una muger:
galan y discreto sois,
y como todos, sabeis
que estremos de amor obligan
á mas estremos; y pues
de alguno se han de fiar,
¿de quién, don Pedro, de quién
mejor que de vos, que sois
noble, entendido y cortes? *Descubrese.*

Don Pedro.

Ya no me queda esperanza; *ap.*
doña Ana, vive Dios, es.

Don Juan.

¡Y querrán que calle yo!
Mas puesto que así ha de ser,
arded, corazon, arded,
que yo no os puedo valer.

Doña Ana.

Ya que con vos declarada
estoy, don Pedro, sabed,
en lágrimas, y suspiros,
mis desdichas de una vez.
Y pues sabeis que he venido
á vuestra casa, entended

¡ cuanta vergüenza me cuesta !
ya, señor don Pedro, á qué.
Un hombre vengo á buscar,
porque de muy cierto sé
que le puedo hallar en ella. (1)

Don Juan.

A Dios, don Pedro, porque
darme tormento de zelos,
y querer que calle, es
nuevo rigor; yo confieso
que es mi delito querer,
si eso pretendeis de mi.

Doña Ana

Don Juan, mi señor, mi bien.

Don Juan.

Doña Ana, mi mal, mi muerte.

Doña Ana.

Dame los brazos.

Don Juan.

Deten,
no con los brazos añadas
al tormento otro cordel;
pues ya he dicho la verdad.

Don Pedro.

No sé, vive Dios, que hacer;
mas porque ni uno entre, ni otro
salga, el paso cerraré.

Don Juan.

No cerreis, porque he de irme.

Doña Ana.

No has de irte: si cerreis,
¿ Pues como tan riguroso,
como tan tirano, pues,

---

(1) *Sale don Juan.*

agradece de esa suerte
haberte venido á ver?

Don Juan.

¿A quién?

Doña Ana.

A tí, porque supe
que aquí estabas.

Don Juan.

Bien á fé,
buena disculpa has hallado:
¡Ah fiera! ¡ah ingrata! ¡ah cruel!
¡qué pronto vive á mentir
el ingenio en la muger!

Doña Ana.

Don Juan, si de las pasadas
ofensas, al parecer
justas, te dura el enojo,
y huyes de mí (¡ay Dios!) porque
estás engañado, ya
te vengo á satisfacer.
Aquel hombre, á quien le diste
la muerte.

Don Juan.

Yo no hablo de él,
mira, mira tus engaños,
cuales han llegado á ser,
pues quejándome de uno,
á otro respondes; y pues
son tantos; que unos á otros
se embarazan, no me dés
satisfaccion de ninguno,
que mejor será tener
queja de todos; que al fin,
está mejor puesto aquel,
que antes que mal satisfecho,

se queda quejoso bien.

Doña Ana.

No te entiendo, y si es la causa
que yo imagino que es
la que tu sientes, señor,
¿de qué te quejas? ¿de qué?
¿qué nueva causa te he dado?
Pero si no puede ser
darla yo, ¿qué nueva causa
te ha dado mi estrella? Ten
el paso, y dime, ¿qué es esto?

Don Juan.

Traiciones tuyas; si bien,
no siento que sean traiciones,
porque te llego á perder,
pues lo que llego á sentir,
solo (he de decirlo) es,
que otro merezca en un dia
lo que en siglos no alcancé
á merecer yo; y en fin,
me consuela en parte, que
él no te ha llegado á amar,
pues te llega á merecer.

Doña Ana.

Si mi desdicha, don Juan,
te ha sabido disponer
otra evidencia aparente,
que yo no alcanzo, ni sé,
¿cómo he de desengañarte?
¿cómo te he de responder?
Vive Dios, que te han mentido;

Don Juan.

Es verdad, contigo hablé.

Doña Ana.

¿Quién te lo dijo?

Don Juan.

El galan
á quien tú vienes á ver.

Doña Ana.

Yo á verte á tí, don Juan, vengo.

Don Juan.

Es verdad, dices muy bien.

Doña Ana.

Porque supe que aquí estabas.

Don Juan.

¿De quién pudiste? ¿de quién?

Doña Ana.

De esta criada.

Don Juan.

Por cuanto
llegára el testigo á ser,
que no fuera tu criada;
que criadas, y amas teneis
pacto esplícito á mentir.

Doña Ana.

Esta es verdad.

Don Juan.

¿Quién tal cree?

Doña Ana.

Quien quiere bien.

Don Juan.

Pues yo quiero
muy mal por aquesta vez.

Doña Ana.

Pues muera de desdichada.

Don Juan.

Y yo de infeliz tambien.

Dentro Arceo.

Abran aquí.

Don Juan.

Esto es peor.

Don Pedro.

No sé, vive Dios, que hacer,
que don Hipólito viene.

Don Juan.

¿Quiéres, ingrata, saber
si me has mentido? pues este
el galan que buscas es.

Doña Ana.

Yo me huelgo de que sea,
puesto que no puede ser
el que busco, el que imaginas.
Abrid, don Pedro; entre, pues,
y sepa, don Juan, que miente
el que contra mi altivez
bajo concepto ha formado.

Don Juan.

Plegue á Dios; y aquesta vez,
ó por vivir, ó morir,
escuchándote estaré,
supuesto que es ya mi vida
el juego del esconder. (1)

ESCENA XIII.

Dichos y Arceo con una fuente de dulces.

Arceo.

¿Tanto tardan en abrir
á quien llama con los pies,
que es señal que trae algo
en las manos? Vive diez,
que queda saqueada toda

---

(1) *Escóndese don Juan, y abre don Pedro.*

la tienda del Portugués.
Ya Don Hipólito viene,
señora ;...... ¡ pero qué ven
mis ojos! ¿ Doña Lucia
en mi casa?

Doña Lucia.

Aquesta vez,
por el chisme de una dueña
muertes de hombres ha de haber.

ESCENA XIV.

Dichos y don Hipólito.

Don Hipólito.

¿ Si habrá ya don Luis llegado
con la silla? Sí, pues vér
puedo la dama ; (¡ Ay amor!)
todo ha sucedido bien.
Seais, señora, bien venida
á este, aunque humilde dosel
de Mayo, y el sol ya esfera
de verdor, y rosicler.

Doña Ana.

¡ Cielos, qué pasa por mi! *ap.*
¿ Esté el marido no es
de la que hoy entró en mi casa?

Don Juan.

¡ Quien vió lance mas cruel!

Don Pedro.

Mal se va poniendo todo;
lo que resuelva no sé.

Don Hipólito.

Don Pedro, no tan penada
tengais á esta dama, ved
que por vos no se descubre.

Don Pedro.

Yo, por no estorbar, me iré;
mas será á estar á la mira. *ap.*

Doña Ana.

Don Pedro, no os ausenteis,
porque habeis de ser aqui
de cuanto pasare Juez.
Caballero, á quien apenas
ví, pues si os ví, á penas fue,
ya que por vos las padezco,
¿conoceisme?

Don Hipólito.

No, y sí, pues
en este instante os conozco,
y os desconozco tambien.
Conozcoos, pues, que quien sois
muy bien informado sé;
y desconozcoos, señora,
porque de esa suerte hableis.
Si os ví en el parque primero,
y en vuestra casa despues;
si para venir á hablaros
llamado fuí de un papel,
y si habeis venido á donde
yo os traygo, ¿como, ó por qué
asi os estrañais de verme,
donde me venís á ver?

Don Juan.

¿Querrán doña Ana, y don Pedro
que esto llegue á oir, y ver,
y no salga? ¡Vive Dios,
que infamia del amor es!

Doña Ana.

¿Yo á veros á vos? mirad
lo que decis, no busqueis

desengaños, que á vos solo
mal el saberlos esté.
Yo en mi vida al parque fuí;
ni en él os ví ni os hablé:
si os entrasteis en mi casa,
no me pregunteis á qué
que aunque lo puedo decir,
vos no lo podeis saber,
que habeis de ser el postrero
que el desengaño toqueis:
basta decir que engañado
estais, y que me dejeis,
que puede ser sea causa
de todo vuestra muger.

Don Hipólito

¿Mi muger? Ahora conozco
de que ha podido nacer
nuestro enojo; yo hice mal
en traeros aquí, haced
la deshecha norabuena;
pero no me acumuleis
que soy casado, que es susto
de que jamas sanaré.

Don Pedro.

Ya ni aun á mentir acierta
doña Ana.

Don Juan.

Ni yo á tener
paciencia; pero si salgo,
rompo de amistad la ley,
á doña Ana la destruyo,
y á mi me pierdo tambien
sin efecto, pues en medio
han de estar su criado, y él,
y es hacer ruido no mas,

dejando la duda en pie;
pues sufrirlo, es imposible,
qué ¿quien ha podido, quien,
oir requebrar á su dama?
haya un medio entre los tres,
como yo solo me pierda,
donde...... pero esto despues
ha de decir el suceso;
ya he visto como ha de ser.

ESCENA XV.

Dichos menos don Juan.

Doña Ana.

Dejadme, señor, por Dios,
y porque mejor mireis
que huyo de vos, y lo mas
á que se puede atrever
una muger como yo,
á voces digo, que quien
en este aposento está,
mi dueño, y mi amante es,
y es á quien vine á buscar,
y es á quien yo quiero bien;
porque á vos no escribí,
ni os ví en mi vida, ni hablé,
desmintiendo de esta suerte
su peligro, y mi desden.

ESCENA XVI.

Dichos menos doña Ana y doña Lucia.

Don Hipólito.

¿Cerró la puerta, quien vió

mas tramoyera muger?
desde el punto que la ví,
enredadora la hallé.

Don Pedro.

Bien cuerda resolucion
tomó doña Ana, porque
con esto estorba que salga
don Juan, que es lo que á temer
llegué siempre.

Don Hipólito.

Estoy confuso,
y que he de decir no sé.

ESCENA XVII.

Dichos don Pedro, don Hipólito y don Luis.

Don Luis.

Yo llego á muy buena hora;
don Hipólito, ahí está
aquella señora ya
en la silla.

Don Hipólito

¿Qué señora?

Don Luis.

La que esperais.

Don Hipólito.

¿Qué decis?

Don Luis.

Que tomó en san Sebastian
la silla, y que ahí fuera está.

Don Hipolito.

Engañado estais, don Luis,
porque la dama á quien yo
vengo á ver, ya estaba aqui
cuando vine.

Don Luis.

¿Como asi,
si ahora conmigo llegó
en la silla la muger
que hoy en el parque encontramos,
á quien seguimos, y hablamos?

Don Hipólito.

¿Eso como puede ser,
si la misma, destapada,
aquí la he visto, y hablado,
y en este aposento ha entrado?

Don Luis.

No quiero deciros nada,
sino que entra ya.

Don Hipólito.

Por Dios,
que es rigurosa mi estrella.

ESCENA XVIII.

Dichos, doña Clara, é Inés tapadas.

Don Luis.

Ahora decid si es aquella.

Don Hipólito.

O es ella, ó ellas son dos.

Don Pedro.

¿Veis, don Hipólito, veis
como la dama que estaba
hoy aquí, á vos no os buscaba?

Don Hipólito.

Quitarme el juicio quereis:
muger, dos veces tapada,
que á mi desecha fortuna,
por si se me pierde una,
se me envia duplicada,

¿no me hablaste en el parque hoy?
¿no eres tú la que seguí?
¿y la que en tu casa ví?
confuso otra vez estoy. (1)

Doña Clara.

Yo soy, el mi caballero,
ya que descubierta os hablo,
aquella habladora muda,
por las lecciones de un manto,
que viendo que era muy poca
vitoria, muy poco aplauso
de toda aquesta muger
un hombre no mas, buscando
ocasion de que alcanzára
sola una parte del lauro,
le quise dar de ventaja
la discrecion á mi garbo.
Bien pensó vuesa merced,
muy necio, y muy confiado,
que tenia muerta al vuelo
la hermosura de los campos;
pues no, señor Para-todas,
y conozca escarmentado,
que ha dado vuesa merced,
por lo entendido, ó lo raro,
mala cuenta de su amor,
pues deja este desengaño
vengada á la hermosa Filis
de los desdenes de Fabio.
Pues cuando fuera verdad
que yo le amàra, pues cuando
fuera verdad, que celosa

---

(1) *Hasta aqui á todas las preguntas responde por señas, y ahora se descubre.*

aquí le hubiera buscado,
el verme vengada solo
me hubiera el amor quitado.
Yo lo estoy con que haya visto,
que los celos que me ha dado,
han sido conmigo misma,
pues nadie pudiera darlos
á este talle, que no fuera
su mismo desembarazo.
Envayne vuesa merced
todo ese grande aparato
de dulces de Portugal,
que le han salido tan agrios,
que no es la boda por hoy;
pero agradezca el cuidado
que en ella ha puesto el señor
casamentero del diablo;
que cierto que de su parte
nada faltó, porque ha estado
con mucha puntualidad
con la tal silla esperando,
y hizo muy bien el papel,
encareciendo el recato,
porque es amigo muy fino
del que es amante muy falso.
Con esto á Dios, y ninguno
me siga, que si echo el manto,
si vuelvo la calle, si otro
embeleco desenvayno,
les haré creer que soy
otra dama, aunque al estrado
me entre de una mesurada,
como esta mañana, cuando
le hizo creer que era otra
solo un sombrerillo blanco.

ESCENA XIX.

Dichos, menos doña Clara.

Don Hipólito.

Oye, aguarda, espera, escucha.

Don Luis.

En toda mi vida he hallado
hombre de tan buena estrella
con mugeres.

Don Hipólito.

¡Que burlando
esteis, cuando estoy muriendo!
Detente, Inés.

Inés

Será en vano,
que vamos muy enojadas. *Vase.*

Don Hipólito.

No sé que hacer en tal caso;
mas si sé, que es apelar
de todo al desembarazo,
desengañando hoy la una,
y la otra despues amando.

ESCENA XX.

Don Pedro y Arceo.

Don Pedro.

Gracias à Dios, que con esto
ya los celos se acabaron
de doña Ana, y de don Juan,
pues todo lo han escuchado;
y mi amor, pues doña Clara
viene á Hipólito buscando.
Cielos, sin querer he visto

mis celos averiguados.

Arceo.

Y si el galan, y la dama
están ya desengañados,
aquí acaba la comedia.

Don Pedro.

¿Oisteis ya el desengaño,
don Juan?

ESCENA XXI.

Dichos y doña Ana.

Doña Ana.

No soy tan dichosa
yo.

Don Pedro.

¿Cómo así?

Doña Ana.

Como cuando
yo entré, solo ví un hombre,
que atrevido, y temerario
se echaba por la ventana
que hay, señor, à esos tejados.

Arceo.

Pues no acaba la comedia.

Don Pedro.

¡Qué riguroso y que estraño
afecto de amor y zelos!
él iba á salir al paso;
seguir á los dos importa,
no suceda algun fracaso.

Doña Ana.

Grande desdicha es la mia,
pues cuando vengo buscando
hoy, don Juan, finezas tuyas,

solas mis desdichas hallo.
¿Cuando te siguen sospechas,
tú las estás esperando
firme, y vuelves las espaldas,
si te siguen desengaños?
¿Qué muger es esta, cielos,
que hoy en mi casa se ha entrado?
¿Qué hombre es este, que asegura
que yo le vengo buscando?
O nunca en el tiempo hubiera,
ó nunca hubiera en el año,
si es que la culpa han tenido
de enredos, enojos tantos,
las Mañanas floridas
de Abril y Mayo.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

SALA EN CASA DE DOÑA ANA.

Don Juan como á oscuras.

Don Juan.

Nada me sucede bien;
¿qué roca habrá que contraste
tanta avenida de penas,
tantos golpes de pesares?
Del aposento en que estaba
por testigo de mis males,
ímposibles de sufrirlos,
é imposibles de vengarme,
zeloso, y desesperado
salir pretendo á la calle
á esperar á aquel galan
tan feliz, que coronarse
pudó de tantos favores,
de dichas que son tan grandes.
Echéme por la ventana,
porque allí no me estorbasen
la venganza de mis zelos,
presumiendo que era fácil,
ganando desde el tejado
de la puerta los umbrales,
y saltando de él á un patio,
donde la ventana sale,
perdí el tino, y dí á otra casa;
pero parece que abren

una puerta, y entra gente;
y con las luces que traen
percibo mejor las señas.
¡Hay suceso semejante!
¡Vive Dios, que esta es la casa
de doña Ana! ¡si tomase
hoy puerto en el mismo golfo
esta derrotada nave!
Ella es: ¿qué he de hacer, cielos?
que no es bien que aquí me halle,
y presuma que he venido
cobardemente á quejarme
de mis zelos, sin vengarlos:
¡hay confusion mas notable!
¿Qué haré, que no me está bien
ya, ni el irme, ní el quedarme. *Escondese.*

ESCENA II.

Doña Ana y doña Lucia con luz.

Doña Ana.

Quitame este manto, gracias
á mi fortuna inconstante,
que me ha dado ¡ay infelice!
un solo punto, un instante
de tiempo para llorar,
de lugar para quejarme.
Y asi, ya que estoy á solas,
sean tormentas, sean mares
mis lágrimas, y mis quejas
entre la tierra, y el aire.

Doña Lucia

Señora, si de ese modo
tan justos estremos haces,
triunfará de amor la muerte;

consuelo tus penas hallen,
que para todo hay consuelo.
Que si don Juan, por guardarle
á don Pedro aquel decoro
que debió á sus amistades,
se arrojó por la ventana,
ya en su seguimiento parten
don Pedro, Arceo y Pernia,
porque los dos no se maten.

Doña Ana.

Y cuando remedie (¡ay triste!)
mi temor, para adelante
¿puede ya dejar de ser
lo que fué? ¿pueden borrarse
de la memoria los celos,
en que yo no tuve parte?

ESCENA III.

Dichos y don Juan al paño.

Don Juan.

De cuanto yo desde aquí
puedo á las dos escucharles,
nada entiendo, y solo entiendo
que temo que me declaren
mis congojas, mis desdichas,
mis recelos, mis pesares;
porque no es posible, no,
que un celoso sufra, y calle.

Doña Lucía.

Acuéstate por tu vida,
porque en la cama descanses.

Doña Ana.

No hay descanso para mí,
fuera de que he de esperarle

á don Pedro, que le dije,
que con lo que le pasase
en alcance de don Juan,
pues todos van á buscarle,
viniese á avisarme, y ya
parece que llaman; abre.

ESCENA IV.

Dichos, don Pedro, Arceo y Pernia.

Doña Ana.
Señor don Pedro, ¿qué hay?
Don Pedro.
Que todo ha salido en balde.
Doña Ana.
¿Cómo?
Don Pedro.
No habemos hablado
á don Juan, y es bien notable
suceso, porque de aquella
ventana, que al patio cae,
para salir al portal
hay una puerta, y la llave
está echada de manera,
que ha sido imposible hallarle
cuando ni en mi casa está,
ni salir pudo á la calle.
Arceo.
No le hemos buscado bien,
si va á decir las verdades;
porque á un celoso, señora,
le ha de buscar el que hallarle
quisiere, ahogado por los pozos,
ó ahorcado por los desvanes.

Pernia.

Ya le he dicho que se meta
en juntar sus consonantes,
y no hable palabra donde
yo estoy.

Arceo.

Quínola pasante;
tambien yo le tengo dicho,
que de dar lanzadas trate,
y sacar, no para el toro,
para el lacayo el alfange,
y no mas.

Doña Lucía.

Entre dos ruines
sea mi mano el montante.

Don Pedro

No es posible hallarle, en fin.

Doña Ana.

Son mis penas, no os espante,
y bien dicen que son mias;
pues ellas disponer saben
tantas falsas apariencias,
que me culpen, y le agravien.
Plegue á Dios, señor don Pedro,
que él me destruya, y me falte,
si á aquel hombre ví en mi vida,
sino hoy, que pudo entrarse
aquí tras una muger
á quien siguió desde el parque,
y vióme á mí; ¿mas por qué
lo digo ¡ay Dios! si escucharme
no puede don Juan, y doy
satisfacciones al aire?

Don Pedro.

Quedad, señora, con Dios;

que por si vuelve á buscarme
á mi casa, vuelvo á ella,
¿qué mandais?

Doña Ana.

No es bien que os mande,
que os ruegue sí, que volvais
á la mañana á contarme
lo que hubiere sucedido.

Don Pedro.

Quedad con Dios.

Doña Ana.

El os guarde.

ESCENA V.

Dichos menos don Pedro.

Doña Ana.

Lucía, cierra esas puertas,
y entra despues á acostarme,
que he de madrugar mañana,
porque he de salir al parque
á hacer una diligencia.
¡O si á este vivo cadaver
hoy ese lecho de pluma
sepulcro fuera de jaspe!

Don Juan.

¿Al parque mañana? ¡ay cielos!
no estos desengaños basten,
vuelvan atrás mis desdichas,
pues pasa el riesgo adelante.

Arceo.

De todos estos enredos,
de todos estos debates,
vos teneis, doña Lucía,
la culpa; pues vos contasteis

á vuestra ama, que en mi casa
estaba don Juan.

Doña Lucía.

De tales
sucesos, quien me lo dijo
á mí, tiene mayor parte;
que ya sabe quien me cuenta
á mí el suceso que sabe,
que es decirme que lo diga,
el decirme que lo calle.

Arceo.

Eres tan dueña, que puedes
servir desde aquí adelante
de molde de vaciar dueñas.

Doña Lucía.

Tú, escudero vergonzante,

Arceo.

Eres dueña.

Doña Lucía.

Tú eres loco.

Arceo.

Eres dueña.

Doña Lucía.

Tú un bergante.

Arceo.

Eres dueña.

Doña Lucía.

Tú un bufon.

Arceo.

Eres dueña.

Doña Lucía.

Tú un infame.

Arceo.

Eres dueña.

Doña Lucia.

Tú un bribon.

Arceo.

Item mas dueña, y no trates
de desquitarte, porque
no has de poder desquitarte.

Doña Lucia.

¿Como no? Eres un...

Arceo.

Dí, di.

Doña Lucia.

Mal poeta.

Arceo.

Tate, tate,
¿poeta dijiste? á Dios, dueña
que ya quedamos iguales

Doña Lucia.

¿De esa manera te vas?

Arceo.

¿Pues qué quieres?

Doña Lucia.

Que te aguardes
aqui, mientras que mi ama
acaba de desnudarse,
y volveré á hablar contigo
un rato

ESCENA VI.

Arceo y don Juan al paño.

Arceo.

Aquí espero: Madres,
las que á los hijos paristeis
para nocturnos amantes
de viejas, mirad en mi

las desdíchas á que nacen.
Esperando una estantigua
estoy, confuso, y cobarde,
aquí, donde mis suspiros
pueblan estas soledades. (1)

Don Juan.

Ahora, desconfianzas,
es tiempo de aconsejarme,
si esto que pasa por mi
son mentiras, ó verdades.
El recatarme me importa
de doña Ana, ella no sabe
que la escucho, y en suspiros,
que mal pronunciados salen
desde el corazon al lábio,
me ha dado ciertas señales
de que mi desdicha llora,
de que siente mis pesares:
estos criados no pueden
engañarse, ni engañarme,
puesto que Arceo á Lucía
la contó como ocultarme
pude en casa de don Pedro,
y ella á doña Ana; bastante
desengaño de que fue
entonces ella á buscarme.
¡Mas ay de mí! ¿si es aquesto
como dicen señas tales,
don Hipólito, á qué efecto
dijo que á él iba á buscarle?
¿ó qué muger es aquesta?
y en fin, ¿para qué ir al Parque
mañana quiere doña Ana?

(1) *Sale don Juan.*

¿para que á mi no me falte
cuidado? Pues, vive Dios,
que tengo de averiguarle:
si aquí estoy, será imposible
que disimule, ó que calle,
é imposible, si me ven,
de que la ida del Parque
averigüe: luego irme
será lo mas importante.
Este criado á Lucía
espera; mientras no sale,
pues no ha cerrado la puerta,
salír pretendo á la calle,
por seguirla donde fuere;
que me prendan, ó me maten,
todo, todo importa menos,
que no que me desengañe.

Arceo.

Ya siento pasos; Lucía,
seas bien venida, dame
los brazos....... ¿Barbada vienes?
¿quién es?

Don Juan.

Callad, que no es nadie.

Arceo.

¿Como no es nadie? Yo soy
tan cortes, y tan galante,
que antes creeré que sois muchos:
ay, ay.

Don Juan.

Vive Dios, que os mate,
sino callais.

Dentro doña Ana.

¿Qué ruido
es aquel?

ESCENA VII.

Dichos y doña Lucia que encuentra con don Juan.

Doña Lucia.

Eres notable:
¿es posible que tu miedo
tan grandes estremos hace,
que des voces? Salte presto,
para que aquí no te hallen:
vente tras mi.

Don Juan.

Vamos. Cielos,
hasta que me desengañe,
he de callar, que esta es
propia condicion de amantes. (1)

Arceo.

¿Otro diablo? Vive Dios,
que tienen aquestos lances
cosas de la Dama duende.

ESCENA VIII.

Arceo y doña Ana medio desnuda con luz.

Doña Ana.

¿Ola, no responde nadie?
¡Mas ay de mi!

Arceo.

Yo me embozo,
por ver si puedo escusarme
de que me conozcan.

---

(1) *Al entrarse encuentra don Juan con Arceo.*

ESCENA IX.

Dichos y doña Lucia.

Doña Lucia.

Ya
no hay peligro que me espante,
pues ya en la calle está Arceo;
¿mas no es el que está delante?
¿quién era, si él está aquí,
el que yo puse en la calle?

Arceo.

Aquí muero.

Doña Ana.

Caballero,
que recatado el semblante,
la noble clausura rompes
de estos sagrados umbrales;
si necesidad acaso
te ha obligado á estremos tales,
de mis joyas, y vestidos
francas te daré las llaves,
ceba tu hidrópica sed
en sus telas y diamantes;
pero si mas codicioso
de honor, que de hacienda, haces
estos estremos, te ruego
¡estoy muerta! que no trates
con tal desprecio ¡ay de mi!
el honor ¡estoy cobarde!
de una muger infelice,
sujeta á desdichas tales;
porque si osado á mi afrenta
á aqueste cuarto llegaste,
vive Dios, que antes que intentes

hablarme palabra, y antes
que ofenda al dueño que adoro,
yo con mis manos te mate:
porque si lágrimas solas
no enternecen un diamante,
rompiendome el pecho yo,
le sabré labrar con sangre.

Arceo.

No labrareis, si yo puedo,
que fuera mucho desaire
ser pelícana una dama,
y ser labradora un angel.
Grandes casos de fortuna
á vuestra casa me traen,
no á hacer mella á vuestras joyas,
ni á vuestra opinion ultraje;
y porque os asegureis
de mi término galante,
segura quedais de mi,
á Dios, señora, que os guarde.

ESCENA X.

Dichas menos Arceo.

Doña Lucia.

¡Qué miro!

Doña Ana.

¿Fuese ya?

Doña Lucia.

Si.

Doña Ana.

Echa á esa puerta la llave;
y pues ya la blanca aurora
venciendo las sombras sale,
no me quiero desnudar:

¡ Ay don Juan, si esto mirases, ap.
quién de que no es culpa mia
pudiera desengañarte!

ESCENA XI.

Parque de Palacio.

Doña Clara é Inés en trage corto.

Inés.

¿ Al Parque vuelves?

Doña Clara.

Rendida,
sin ley, razon, ni sentido,
donde la vida he perdido,
vuelvo, Inés, á hallar la vida.

Inés.

Bastante está lo sentido,
y si yo no me he engañado,
toda la gloria ha parado
en que has, señora, advertido
de ayer el raro suceso.

Doña Clara.

¿ De qué sirviera negar
con la lengua mi pesar,
si con llanto lo confieso?
Vana de que hallarse habia
don Hipólito burlado,
le llamé, y su desenfado
burló de la industria mia;
que aunque es verdad que me dió
satisfacciones, que allí
por mi respeto creí,
Inés, por mi gusto no:
pues que me pudo negar

que fué donde otra muger
le llamaba, y mi placer
se convirtió en mi pesar.
Yo misma ¡ ay de mi ! encendí
el fuego en que triste peno,
yo conficioné el veneno,
que yo misma me bebí;
yo misma desperté, yo,
la fiera que me ha deshecho;
yo crié dentro del pecho
el aspid que me mordió.
Arda, gima, pene, y muera
quien sopló, conficionó,
alimentó, despertó
veneno, ardor, aspid, fiera.

Inés.

Bien en tantos pareceres
hoy dirán cuantos te ven,
que solo queremos bien
tratadas mal las mugeres.
¿Para qué habemos venido
al Parque con tan cruel
pena?

Doña Clara.

A ver si viene á él
don Hipólito.

Inés.

El ha sido,
por cierto, muy lindo ensayo.

Doña Clara.

Si hoy doy tregua á mis temores,
yo os coronaré de flores,
Mañanas de Abril, y Mayo.

ESCENA XII.

Don Hipólito y don Luis.

Don Hipólito.

En efecto, hasta su casa
á doña Clara seguí,
como visteis, y la dí
del engaño que me pasa
satisfacciones, diciendo
¿qué ofensa era ir á ver,
llamado de una muger,
lo que mandaba? Y haciendo
estremos de enamorado,
que supe fingir muy bien,
porque ya no hay, don Luis, quien
no haga el papel estudiado,
la dejé desenojada,
atenta á mi desengaño;
y al fin, con su mismo daño
vino ella á ser la engañada,
pues mis estremos creyó:
siendo así, don Luis, verdad,
que alma, vida, y voluntad
la doña Ana me robó;
porque una vez persuadido
de que me llamaba á mí,
y hallarla despues allí,
me empeñó en haber creido
que ella fue quien me llamó.

Don Luis

Vos teneis lindo despejo.

Don Hipólito.

¿Fuera mas cuerdo consejo
darme por vencido?

Don Luis.

No;
mas á haberme sucedido
á mí lo que á vos con ellas,
jamas volviera yo á vellas
de turbado, y de corrido.

Don Hipólito.

Fuera linda necedad:
puntualidades teneis
tan necias, que pareceis
caballero de ciudad.
Mira si aquesta fortuna
á corrella te acomodas,
querer por tu gusto à todas,
por tu pesar á ninguna.

ESCENA XIII.

Doña Lucia y doña Ana, vestida como doña Clara.

Doña Lucia.

Ya estás en el Parque, ya
decirme, señora, puedes,
¿con qué intento de este modo
á su hermoso sitio vienes?

Doña Ana.

¿Si has de verlo, para qué
ahora que lo diga quieres?
que es retórica escusada
decir las cosas dos veces,
y mas cuando están tan cerca
de suceder, que presente
está el que vengo buscando.

Doña Lucia.

El hombre, señora, es este
de los engaños de ayer,

si mis ojos no me mienten.

Doña Ana.

Por él lo digo, pues solo
he salido á hablarle, y verle,
donde por la obligacion
que á ser caballero tiene,
desengañe mi opinion;
pues los que son mas corteses
caballeros, siempre amparan
el honor de las mugeres.

Doña Lucia.

¿Para aquesto de tu casa
al Parque, señora, vienes,
donde es una culpa mas,
si aquí acertáran á verte?

Doña Ana.

Don Juan está retraido,
donde quiera que estuviere,
y solo á este sitio, donde
hay tal concurso de gente,
no se atreverá á venir;
y así, mas seguramente
es donde le puedo hablar.

Doña Lucia.

Plegue á Dios que no lo yerres.

Doña Ana.

Tápate, y llega á llamarle;
dí, que una muger pretende
hablarle, que se retire
del amigo con quien viene.

Doña Lucia.

Caballero, una tapada
á solas hablaros quiere,
que es la que mirais; seguidnos;

Don Hipólito.

Doña Clara es, claramente
lo dice el trage, otra vez
al engaño de ayer vuelve;
mas hoy no lo ha de lograr.
Notable, vive Dios, eres,
pues que tan mal te aseguras
de quien te estima, y no ofende.
Si buscas satisfacciones
mayores de las que tienes,
no es menester que me sigas,
pues en el alma estás siempre.

Doña Ana

Por otra me habeis tenido,
en vuestras voces se infiere,
y quiero desengañaros
desde luego: ¿conoceisme? *Descúbrese.*

Don Hipólito.

Otra vez me preguntasteis
en otra ocasion mas fuerte
eso mismo; y respondí
que sí, y que no, me parece;
pues siempre es una la duda,
dar una respuesta siempre.
Sí os conozco, pues que os miro;
no os conozco, porque suelen
los bienes pasarse á males,
y hoy al revés me sucede.

Doña Ana.

Seguidme hácia la Florida,
porque hablaros me conviene
donde esteis solo, y decidle
á ese amigo que se quede.

ESCENA XIV.

Don Hipólito y don Luis.

Don Hipólito.

Don Luis, de nueva aventura
podeis darme parabienes:
doña Ana es esta tapada,
ahora no puede hacerme
engaño, que yo la he visto
con mis ojos claramente.
¿Veis como fue la de ayer
esta misma? ¿veis si vuelve
á buscarme? Aquí os quedad,
y murmurad, si os parece,
el haber dicho que tengo
buena estrella con mugeres.

ESCENA XV.

Dichos, Inés y doña Clara.

Inés.

Don Hipólito está aquí.

Doña Clara.

Pues no andemos mas, detente.

Don Hipólito.

Ya os sigo, guiad, señora
doña Ana, donde quisieres,
que yendo con vos, hermosa
deidad de estos campos verdes,
cualquiera sitio será
la Florida, que le deben
á vuestros ojos de fuego,
y á vuestra planta de nieve,
púrpura, y verde las flores,

cristal, y aljofar las fuentes.

Doña Clara.

Doña Ana, dijo ¡ay de mí! *ap.*
¿mas qué nuevo engaño es este?
mas no tarde en discurrillo
quien averiguarlo puede:
la Florida es el lugar
citado, y á él me conviene
llevarle, venid.

Don Hipólito.

Fortuna,
¡ó cuanto mi amor te debe!
pues seguro de los celos
de doña Clara, me ofreces
á doña Ana; triunfo hermoso
de tu gran deidad es este.

ESCENA XVI.

Don Juan y don Luis.

Don Juan.

Hácia esta parte bajó
doña Ana, que entre la gente
que venia la perdí
de vista; pero no puede
esconderse, y es verdad,
pues cuando á mi me mintiesen
tantas señas, me digera
verdad mi infelice suerte.
Con don Hipólito va
hablando, ya no hay que espere:
muera de cólera, y rabia
quien de amor, y celos muere.

Don Luis.

Válgame el cielo, qué miro!

¿Don Juan de Guzman no es este?
¿Señor don Juan de Guzman?

Don Juan.

¿Quién llama? ¡quién vió mas fuerte
confusion! Este es don Luis.

Don Luis.

Donde quiera que yo viere
á quien agravia mi sangre,
y á quien mi opinion ofende,
primero que con la lengua,
sin ceremonias corteses,
le saludo con la espada,
voz de honor mas elocuente:
sacad la vuestra, porque
con mas opinion me vengue.

Don Juan.

Yo no he rehusado en mi vida
con la mia responderle
á quien me habla con la suya;
y si matarme os conviene,
daos priesa, que si os tardais,
os podrá quitar la suerte
otra herida, y no es capaz
una vida de dos muertes.

Don Luis.

No os respondo, porque ya
hablar el acero debe. *Riñen.*

Don Juan.

Con doña Ana entró en la huerta
don Hipólito: ¡ó aleve
pena! ¿quien creerá que allí
me agravien, y aquí se venguen?

Don Luis.

Desguarnecióse la espada.

Don Juan.

Daros pudiera la muerte:
pero porque echeis de ver
como mi valor procede,
y como debí de darla
á vuestro primo igualmente,
pues el que fuera una vez
traidor, lo fuera dos veces;
porque ser uno cobarde,
no es defecto que se pierde:
id por espada, que aquí
os espero.

Don Luis.

¡Lance fuerte!
pues quien me agravia me obliga;
pues me halaga quien me ofende;
mas ya sé qué debo hacer,
esperad, que brevemente
volveré.

Don Juan.

Ya veis el riesgo
á que estoy, si aquí me viesen,
y por quitarme del paso,
puesto que veis que lo es este;
dentro estoy de la Florida.

Don Luis.

Antes de un instante breve
á ella volveré á buscaros.

ESCENA XVII.

Don Juan.

¿Qué haré en penas tan crueles,
que un inconveniente es
sombra de otro inconveniente?

Cuando sigo un daño, otro
en mí seguimiento viene;
uno busco, y otro hallo,
y en todos no sé que hacerme,
que soy en un caso mismo
persona que hace, y padece.
Si á don Hipólito sigo,
falto á don Luis neciamente;
y si espero á don Luis, falto
á mis celos; ¿ mas que teme
mi valor? ¿no es morir todo?
máteme el que antes pudiere,
don Hipólito, ó don Luis;
pues cosa justa parece,
si me busca el que yo ofendo,
que busque yo al que me ofende.

ESCENA XVIII.

PASEO DE LA FLORIDA.

Doña Clara y don Hipólito.

Don Hipólito.

En aqueste hermoso margen,
en este florido alvergue,
que la hermosa primavera
á tanto estudio guarnece,
podeis decidme, señora
doña Ana, lo que á esto os mueve,
pues ya sabeis que he de estar
á vuestro servicio siempre;
y no esa grosera nube
tan bellos rayos afrente,
amanezca vuestro sol,
pues ya el del cielo amanece.

Doña Clara.

Yo haré lo que me mandais,
que á conceptos tan corteses,
que á discursos tan galantes
hace mal quien no obedece. *Descúbrese.*

Don Hipólito.

Doña Clara es, vive Dios.

Doña Clara.

¿Qué os admira? ¿qué os sorprende?
yo soy, proseguid, que va
el discursillo escelente.

Don Hipólito.

Ni me suspendo, ni admiro,
sino solo de que pienses,
que no te habia conocido,
y sabido que tu eres;
pero quíseme vengar
de que salgas de esta suerte
de casa trocando el nombre.

Doña Clara.

¡O qué anciano chiste es ese!

Don Hipólito.

Vive Dios, que cuando dije
á don Luïs, que no viniese
tras mí, le dije quien eras;
venga él, y sino dijere
que es verdad, castiga entonces
mis culpas con tus desdenes:
yo voy por él, y dirá......

Doña Clara.

Todo cuanto tu quisieres;
no le llames.

Don Hipólito.

¿Pues por qué?

Doña Clara.

Porque es el Muñoz, que miente
mas que vos; del refrancillo.

Don Hipólito.

No, no, mejor es que entre
à desengañarte. No es
sino que yo busco este
desahogo, con que pueda
admirarme, y suspenderme,
de que de una mano á otra
así una muger se trueque.

ESCENA XIX.

Don Juan y doña Clara. (1)

Don Juan.

De toda la Florida
la esfera de matices guarnecida,
celoso he discurrido,
y hallar en ella ¡ay cielos! no he podido
mis celos; ¿cuando cielos,
se hicieron de rogar tanto los celos,
que se esconden buscados?
mas huyen, porque están ya declarados.
¿No es aquella doña Ana?
vano es mi enojo, y mi venganza vana,
pues sola la he encontrado;
¿quien creerá que es necio mi cuidado,
que me pesa de vella,
no estando don Hipólito con ella?
Volverme quiero, ¿pero como, cielos,
podré, que son mis rémoras mis celos?
Fiera enemiga mia,

(1) *Tápase doña Clara.*

falsa sirena, y engañosa harpía,
esfinge mentirosa,
aspid de nieve, y rosa,
¿dónde está aquel amante,
que tan firme te adora, tan constante?
porque me vengue en él de ti mi acero,
y no en tí de mi lengua.

Doña Clara.

Caballero,
vos venis engañado,
con tanta pena, y tanto desenfado;
pues ocasion no ha habido *Descúbrese.*
para que á mi, tan necio, y atrevido,
me hableis, sin conocerme, con desprecio.

Don Juan.

Decis bien, atrevido anduve, y necio,
por otra dama os tuve,
que como á luna, y sol guarda una nube,
con embozos de sol hallé una luna:
perdonad, mi señora,
que no hablaba con vos.

ESCENA XX.

Dichos, doña Ana y doña Lucia.

Doña Ana.

Yo puedo ahora
serviros de testigo,
pues no hablaba con vos, sino conmigo.

Doña Clara.

Pues si con vos hablaba,
hable con vos, que aquí mi enojo acaba.

ESCENA XXI.

Dichos menos doña Clara.

Doña Ana.

Mucho me alegro, don Juan,
de que hayais llegado á tiempo,
que os desengañen, y engañen
á vos vuestros ojos mesmos;
porque si vos padeceis
á un mismo instante esos yerros,
ya es fuerza que lo creais,
como quien pasa por ellos:
pues pensar que lo que vos
creeis, no puede otro creerlo,
es hacer mas advertido
al otro, y á vos mas necio;
y no hay ninguno que quiera
tan mal á su entendimiento.

Don Juan.

¡O que necio desengaño,
doña Ana! pues cuando veo,
que es verdad, que me engañaron
mis ojos, tambien advierto,
que el desengaño me ofende;
pues tu le traes á este puesto.
¿Luego engaño, y desengaño
todo ha sido engaño? ¿luego
no te puedes escusar
del agravio de mis celos?
Pues hoy como del engaño,
del desengaño me ofendo,
pues el engaño era agravio,
y el desengaño es desprecio.

Doña Ana.

En haber venido aquí,
ni te engaño, ni te ofendo;
pues por tí solo he venido.

Don Juan.

¿Pues pudiste tú saberlo?

Doña Ana.

No, mas pude adivinarlo,
de esta manera viniendo,
por hacer que te buscára
don Hipólito.

Don Juan.

¿A qué efecto?

Doña Ana.

A efecto de que te diese
la satisfaccion él mesmo.

Don Juan.

¡O qué necia prevencion!
porque cuando da muy necio,
el que fue segundo amante,
al que fue amante primero,
de zelos satisfacciones,
es cuando le da mas zelos.

Doña Ana.

No hagas graduacion de amores,
que no soy muger que puedo
tener primero, y segundo.

Don Juan

Calla, calla, que me acuerdo
de una noche; pero aquí
mas que yo, dice el silencio.

Doña Ana.

Pluguiera á Dios, las disculpas,
que yo de esa noche tengo,
pudiera significarte;

pero puedo, si no puedo,
con decir que soy, quien soy.

Don Juan.

Ojalá bastára eso.

Doña Ana.

Si bastára, si me amáras.

Don Juan.

Porque te amo no te creo.

Doña Ana.

Pues ves aquí que en mi casa
anoche un hombre encubierto
estaba que allí se entró.

Don Juan.

Dí.

Doña Ana

De la justicia huyendo,
y en efecto, enternecido
á mi llanto, ó á su esfuerzo,
se fue, y si le vieras tú
salir de mi casa, es cierto
que pagára yo la pena
de la culpa que no tengo.

Don Juan.

No hiciera, cuando aquel hombre
fuerá un hombre como Arceo,
que es el que anoche en tu casa
escondido, y encubierto
le tuvo doña Lucía.

Doña Lucia.

Por Dios, que me ven el juego: *ap.*

Doña Ana.

¿Qué dices?

Don Luis.

Lo que es verdad.

Doña Ana.
¡Hay tan grande atrevimiento!
Don Juan.
Pero siendo un hombre noble
el que entonces quedó muerto,
y abriendo con llave, no
entraba; pero no quiero
pronunciarlo, por no ser
vívora yo de mi aliento.
Quedate à Dios, que te guarde,
doña Ana, para otro dueño,
que son muchos desengaños
para un hombre que va buyendo.
Por esperar á don Luis, *ap.*
solo me voy y me quedo.
Doña Ana
Tente, espera, escucha, aguarda,
¿quien creerá mis sentimientos?

ESCENA XXII.

Doña Ana, doña Lucia, don Hipólito, y tras él doña Clara como siguiéndole.

Don Hipólito.
No pude hallar á don Luis
en todo el Parque.
Doña Clara.
Yo vuelvo
tras don Hipólito, á ver
en que paran sus enredos.
Doña Lucia.
¡Qué hubiese tan mala lengua! *ap.*
Don Hipólito.
Pero vive Dios, que es cierto,
Clara, que te conocí *á doña Ana.*

desde el instante primero

Doña Ana.

No hicisteis, porque si hubierais
conocídome, sospecho
que no os debiera mi honor,
don Hipólito, estos riesgos:
advertid que hablais conmigo. *Descubrese.*

Don Hipólito.

¿Qué tramoya es esta, cielos?

Doña Clara.

No hablabais sino conmigo;
como vos dijisteis, puedo
decir yo, que yo tambien
quien hable conmigo tengo. *Descubrese.*

Don Hipólito.

Vive Dios, que me han cogido
por hambre las dos en medio.

Doña Ana.

Pues aunque vos me imitais
á mi, imitaros no puedo
yo á vos, que no he de dejaros
sin averiguar primero
un engaño con los dos.

Doña Lucía.

¡Qué haya en el mundo parleros! *ap.*

Don Hipólito.

¿Pues qué esperais?

Doña Ana.

Un testigo
que ha de oirlo, y ha de verlo,
y él viene ya, que esta sola
piedad al cielo le debo.

ESCENA XXIII.

Dichos, don Pedro, Arceo y don Juan.

Don Pedro.

No habeis de ir de esa suerte,
ya que en el Parque os encuentro,
despues que toda lo noche
os busqué

Don Juan.

Mirad que tengo
que hacer, y me va el honor.

Don Pedro.

Oid á doña Ana primero.

Arceo.

¿Qué hay Lucía?

Doña Lucia.

Parlerías:
ya todo se sabe, Arceo.

Doña Ana.

Gracias á Dios que llegais,
don Juan una vez á tiempo,
que mi verdad me ha informado.
¿Decid, doña Clara, es cierto
que ayer fuisteis á mi casa,
de don Hipólito huyendo,
y que él creyó que yo fui
la tapada?

Doña Clara.

Si, y queriendo
cortesanamente hacerle
una burla, escribí luego
un papel en vuestro nombre,
y en la casa de don Pedro
le fuí á ver, donde pasó

lo que proseguirá él mesmo.

Doña Ana.

Con esto, don Juan, he dado
los desengaños que puedo,
el cielo en los otros hable,
pues solo lo sabe el cielo.

ESCENA XXIV.

Dichos y don Luis.

Don Luis.

¿Señor don Juan de Guzman?

Don Pedro.

Peor se va poniendo esto.

Arceo.

Por Dios que le ha conocido,
don Luis, el primo del muerto.

Don Hipólito.

¿Este es don Juan de Guzman?
El no conocerle siento,
para haber en vuestra ausencia
hecho...

Don Luis.

Esperad, deteneos,
que este duelo ha de vencer
la hidalguía, y no el acero.

Don Juan.

Pudierades esperar
á verme solo en el puesto.

Don Luis.

Importa que haya testigos
para lo que hacer intento.
A que fuese por espada,
que se me quebró riñendo
con vos, me disteis lugar;

si tardo, disculpa tengo,
pues por haberos escrito
este papel me detengo.
De la causa en que soy parte
este es el apartamiento;
que si deudor de una vida
erais mio, y noble, y cuerdo
me la disteis, contra vos
derecho ninguno tengo;
y si entonces no lo hice,
fue, porque allí no teniendo
espada, no presumierais,
que os daba el perdon de miedo;
y así os la entrego, don Juan,
cuando en la cinta la tengo.

Don Juan.

No solo me dais la vida,
sino el honor, y pues viendo
estais la dama, que fue
la ocasion de este suceso,
ella os pague con los brazos
lo que con alma no puedo.

Doña Ana.

Pues cou vuestras amistades
todos las nuestras hacemos.

Doña Clara.

No hacemos, porque si ya
no tengo quien me dé zelos,
no tengo á quien quiera bien.

Don Hipólito.

¿Pues hay mas de no quereros?

Doña Ana.

Arceo, y doña Lucia,
se casen luego al momento.

Arceo

Mas que nace el Ante-Cristo
de Lucias, y de Arceos.

Don Juan.

Mañanas de Abril y Mayo
dan fin, perdonad sus yerros.

Mañanas de Abril y Mayo.

El título de esta comedia, escita por si solo la sensacion del placer. La fantasìa se traslada al instante á la corte de Felipe IV, príncipe tan desgraciado en sus empresas políticas, como bondoso y amable en su vida particular. Acompañamos á Calderon al Parque, à donde las damas de aquel siglo, no tan perezosas como las del nuestro, bajaban á lucir sus gracias, y respirar el ambar de la mañana en los mas floridos meses del año. Se ve la impresion que haria en el alma del poeta un espectáculo tan bello; y ¡ cuán preferibles le parecerian los tesoros del campo á las tumultuosas distracciones de la capital. Restituido á su morada, la necesidad de pintar lo que sentia le haria tomar la pluma, y entonces un tropel de imágenes y de afectos encontrados enseñorearian su espíritu. Restaba el trabajo de elegir los cuadros y de combinar la fábula, corto para el peregrino ingenio de Calderon, y del cual debian resultar una multitud de nuevas bellezas. Escogido ya el sitio, y condescendiendo con su corazon, era forzoso que colocase en el punto principal de vista á dos amantes virtuosos y poseidos de una pasion verdadera. Al momento su imaginacion le sugeriria la idea de otros dos enamorados al uso, que se correspondieran por vanidad, y cuyo mayor recreo fuese el de engañarse. Este contraste tan gracioso no podia menos de divertir á los espectadores; pero no hablaba al corazon, porque destruia cada impulso con el impulso contrario. Era preciso dar interes á la fábula; y el primor del arte consistia en sacarle de ella misma. Fue un rasgo de génio hacer que las locuras del pisaverde y su querida ocasionasen mil penas á los verdaderos amantes; y una vez concebido

este feliz pensamiento, en los medios é incidentes no podia encontrar Calderon ninguna dificultad. Quiere decir que estaba hecha una de las comedias mas lindas de aquel célebre autor, una de las que inspiran mayor interes, y presentan mas originalidad y fuerza cómica.

En cuanto á la versificacion y el estilo, tambien son admirables. Esceptuando dos ó tres pasages en que el autor pierde la cabeza, todo lo demas es elegante y oportuno. Hay situaciones y diálogos estremadamente cómicos: sobre todo, lo es en sumo grado el de Arceo y doña Lucía, en que el primero la abruma con esta sola frase "Eres dueña" hasta que ella encuentra una injuria equivalente, y le llama nada menos que mal poeta.

Los caractéres son, como hemos visto, variados y agradables. Don Juan y doña Ana se hacen amar casi tanto como ellos mismos se aman. En efecto, no se puede inventar un cuadro mas interesante, que el de una pasion vehementísima unida á una estremada virtud. Doña Ana reune ademas tal conjunto de buenas prendas, que ni aun en las damas de teatro suele ser comun. Su discrecion, su paciencia, aquel genio tan suave, tras de suponerla un dechado de hermosura y virtud, y tan ilustre como rica, hacen de ella una especie de ave fenix, que no está sin embargo fuera de la línea de la posibilidad; pero que si existe debe caer en suerte á un tonto. Don Juan merece su corazon, y es tal el interes que inspiran estos dos amantes, que aunque se infiere evidentemente que se casan al fin de la comedia, siente uno que no se diga en términos formales, y que no se den materialmente las manos.

No son inferiores en la espresion y el colorido los papeles de don Hipólito y doña Clara, y esceden á los primeros en novedad. Arceo y doña Lucía valen lo que

pesan, y nada hay en ellos que añadir ni quitar. En cuanto á don Pedro, don Luis, Inés y Pernía no sobresalen, pero son lo que deben ser,

Toda la comedia respira la frescura de su título; pero el tercer acto está demasiado cargado de incidentes, entradas y salidas. Estudiando á nuestros poetas antiguos se ve que meditaban un enredo complicado, y cuando se ponian á escribir, en los dos primeros actos daban la estension debida á la pintura de los lances y afectos; pero como les quedaba todavia mucha maraña, y no querian renunciar á ninguna parte de su invencion, amontonaban todo lo demas como podian en el último acto.

INDICE

De las comedias contenidas en este tomo.

No hay burlas con el amor. . . pág. 4

Examen 117

La Dama duende. 120

Examen 254

No siempre lo peor es cierto. 257

Examen 392

Mañanas de Abril y Mayo. 399

Examen 516


3 0112 117457801